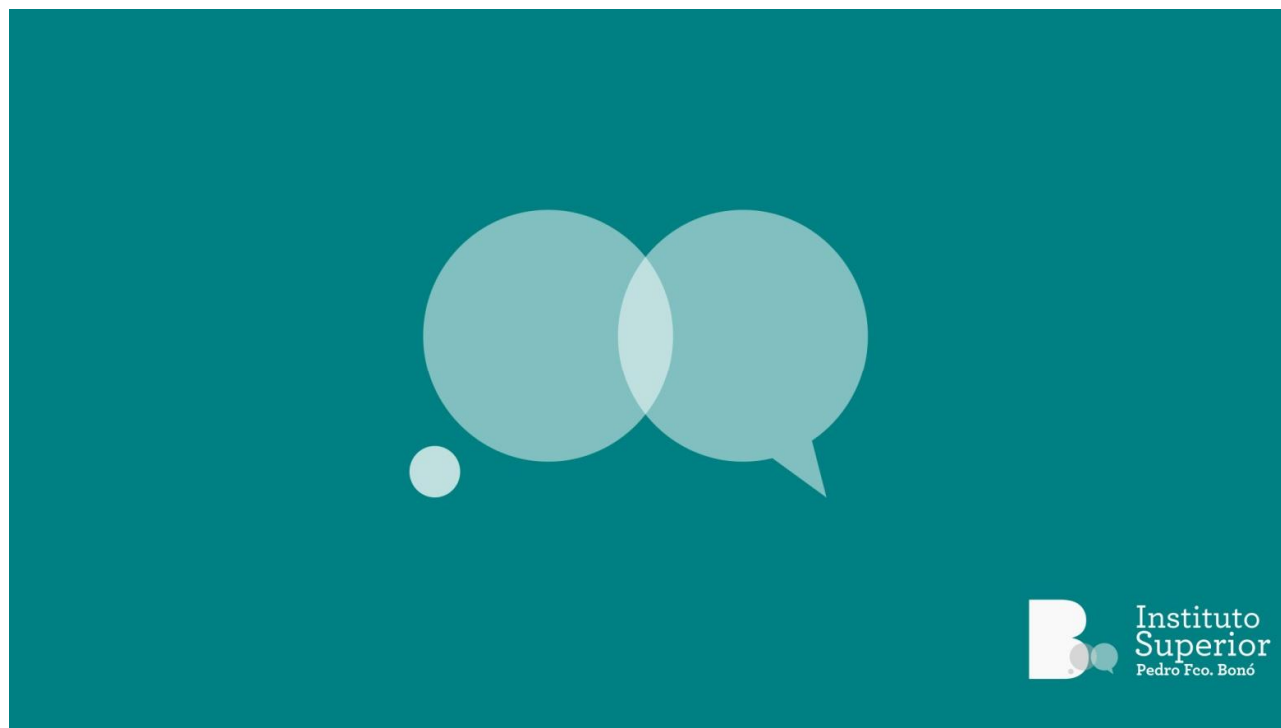


CURSO DE PENSAMIENTO CARIBEÑO

El Caribe, una fábrica de ideas



MATERIAL DE APOYO

**Preparado por:
Rudolf Widmer**

Mayo 2016

El Caribe, una fábrica de ideas. Siglos xix y xx

Lecturas

Antonio Sánchez Valverde, El trabajo libre visto por un esclavista

Un principio de religión mal entendido, que consiste en favorecer por todos modos y sin algún discernimiento la libertad de los Esclavos, nos ha conducido y conduce a otro pemedasí- sima abuso, que han coartado los Franceses racionalmente. Entre nosotros, pasa por un acto de piedad dar o legar la libertad a los Esclavos. Lo es, con efecto, en algunas ocasiones, pero generalmente es un acto de irreligión, de impiedad y pecaminoso gravemente. Quando la libertad se concede a un Esclavo o Esclava conocidamente aplicado, laborioso y exento de vicios, por un amo que no tiene ascendientes, descendientes o colaterales pobres, en quienes sería mayor virtud que quedasen estos Esclavos entonces es la libertad acto religioso y meritorio. Mas esto, o el caso también de un señalado beneficio del Siervo que liberta la vida a su Señor, es rarísimo. Otórganse o se legan regularmente estas libertades por viejos y viejas infatuados, dirigidos de Confesores menos expertos, dexando muchos parientes en la indigencia y unos libertos y libertas holgazanes, desarreglados y que han de subsistir casi necesariamente de la iniquidad, hecho que, muy lejos de ser piedad, es un escándalo notorio que debe estorbar la legislación civil y la Eclesiástica, porque la franqueza de dar estas libertades, multiplicando infinitamente los pecados, llena los Pueblos de ladrones, prostitutas y fautores de los vicios, quitándole las manos más útiles para el trabajo, cuyo desorden tocamos y experimentamos visiblemente en nuestra Isla.

La segunda fuente de que viene este abuso es mucho más delinqüente y por tanto más digna de que se corte. Las libertades que se otorgan graciosamente, no comienzan por los Esclavos sino por las Esclavas. Los Propietarios o Amos de éstas, con especialidad los que no son casados y viven retirados del Comercio de las otras gentes en los campos, suelen agradarse de ellas y ligar una familiaridad pecaminosa, a que condesciende la Esclava, no por el imperio o la violencia del Amo, sino por el cebo de la libertad que éste la promete y que le franquea la ley; la qual, si al modo que. para impedir los adulterios ha establecido el impedimento del crimen, inhabilitando para el matrimonio a los que, siendo casados, se conocieron con la promesa de contraherle, muerto el cónyuge, dispudiese igualmente que los excesos entre los Amos y las Esclavas sirviesen de óbice legal a la libertad de éstas, atajaría unos concubinatos que son demasíadamente comunes, no inutilizaría para el Estado las manos de estas Esclavas y de su descendencia y cortarí las prostituciones de ellas, que después de libres no tienen otro oficio para subsistir que el que les sirvió para sacudir la esclavitud. Las que no consiguen el beneficio de su libertad por la delinqüencia con el propio Amo, lo logran por el mismo delito con un extraño, o bien para sí, o bien para la prole que relmlta. La madre, presentando al Amo la cantidad de doscientas y cinquenta pesos, está asegurada de su libertad, sin que ni el Amo tenga arbitrio para pedir más, a menos que la haya habido por título oneroso en mayor cantidad, ni para indagar de dónde viene aquella suma, que muchas veces suele ser, si no del todo, en gran parte de su propio caudal robado. El hijo se extrahe, aun antes de nacer, del dominio del Amo con solos cien reales de plata, y después de nacido, con veinte y cinco pesos, a cuya percepción se obliga al dueño, si la resiste. ¿Y quién no ve la iniquidad y los perjuicios de este sistema, que quiere aparentarse piadoso? Si el Real Fisco tubiese una inspección sobre este género de libertades con audiencia del Amo, para que se aplicase el precio ofrecido por tales libertades o al Erario o a una Caja de póliza, ni ellas se prostituirían con la freqüencia que sucede, ni habría en las Poblaciones de Indias tantos miembros, no sólo inútiles, sino facinerosos. Quando la suma que el Esclavo ofrece por su libertad, es adquirida con su desvelo y aplicación extraordinaria, es justísimo que se le favorezca y la República logra una persona que la sirva con utilidad y sin perjuicio. Los Franceses han cortado sabiamente estos abusos y sus conseqüencias, con la providencia de que el Amo o persona que da libertad a un Esclavo, haya de pagar ciento y cinquenta pesos al Rey y asegurar la subsistencia del liberto o liberta hasta su muerte por aquellos medios que la Justicia juzga suficientes. Antes de esta ley eran en sus Colonias tanto más freqüentes que entre nosotros las libertades, de que ha resultado el crecidísimo número que hay de ellos, principalmente Mulatos y Mulatas, pero después de ella, apenas se encuentran una u otra liberta. Por otra parte han cargado con la contribución de tres pesos anuales cada cabeza de Negro doméstico, hombre o mujer, estante en las Ciudades o Lugares, sea libre o esclavo. De este establecimiento prudentísimo

resulta que los Amos no tienen el lujo suntuario de las Poblaciones Españolas, en que los ricos toman la tonta vanidad de llenar las casas de Esclavo~ inútiles y ociosos y que los libres se apliquen a la cultura de la tierra.⁽¹⁾

⁽¹⁾ Yo hablo de la esclavitud que hallo generalmente establecida y que han conocido todas las Naciones del mundo. No entro en el examen de las causas que pueden, o no, legitimarla civilmente, ni en la averiguación de si es contraria al verdadero espíritu del Christianismo. Estos son puntos muy separados de mi materia; en que debo pr.:>ceder conforme al sistema actual de las cosas adoptado, así entre nosotros como entre los Estrangeros. Pero no puedo omitir algunas reflexiones bien sólidas y fundadas contra las preocupaciones de muchos Europeos, que se escandalizan con la voz de Esclavitud y la de Castigos de los Negros por sus Amos. Yo tengo hecho a mil Jornaleros libres de la Europa la proposición de ¿si les sería útil encontrar en sus lugares, o fuera de ellos, un sugeto que se obligase a darles casa, ropa suficiente a cubrirse, según el tiempo, los alimentos necesarios para ellos, sus hijos y mugeres, Médico, medicina y asistencias en las enfermedades, sólo por trabajar a beneficio del contribuyente ocho horas en los días de labor, quedándoles los demás y el resto de aquéllos para ganar con qué hacer algunas cosas más de las que debe darles aquél? Todos los casados me han dado unánimes la respuesta, no sólo de que abrazarían el partido, sino de que sería una felicidad para ellos y sus familias. Lo que yo propongo es la pintura natural de la vida de nuestros Esclavos. La prueba más convincente de que la de éstos es más cómoda que la de aquellos libres imaginarios, es que nuestros Esclavos aplicados y que no son dados a vicios, juntan en pocos años doscientos y cinquenta o trescientos duros con que libertarse, o libertar a sus mugeres, que es lo que suelen hacer primero para que sus hijos nazcan libres. Muchos de ellos dilatan la libertad de su propia cabeza y se ocupan en solicitar la de sus hijos, por no perder las proporciones que les da la misma esclavitud de ganar dinero. ¿Quándo se vé un Jornalero de Europa en situación de tener siquiera dos mil reales, mantenida con escasez y desabrigo su familia? Por lo que mira al castigo, cuya voz sola horroriza al vulgo de la Europa, es menester entender que estos castigos los hace el Amo sobre su propio caudal y no son los hombres tan locos que echen los pesos fuertes al mar, o los pongan donde no vuelvan a encontrarlos. Quando el dueño descarga el golpe, le detienen el brazo las leyes, la humanidad y su interés. No lo executa sino es quando el Esclavo ha faltado gravemente. Y pregunto, ¿todo hombre que dexa de trabajar, pudiendo hacerlo, que quiere vagar de una a otra parte, manteniéndose del robo, que hurta a su Capataz o a otro Vecino, no debe ser castigado por la Justicia, si vive en una Sociedad zelosa y arreglada? ¿No sufre muchos meses, o años de cárcel en la miseria? ¿No lleva ciento o doscientos azotes por las calles? ¿No suele salir desterrado para siempre o por largo tiempo? En fin, ¿no se le quita la vida? Pues un Esclavo que comete otro tanto, sale de toda su pena con cinquenta o cien azotes que le da el Amo en su casa, sin dexar de comer, de ver sus hijos, ni de estar en compañía de su muger. El Amo es su Juez y Juez apasionado.

Antonio Sánchez Valverde, Idea del valor de la isla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía (1785), en: Antonio Sánchez Valverde, Ensayos, Santo Domingo, Editora Montalvo 1947, pp. 171-174

Racismo

José Martí

Esa de *racista* está siendo una palabra confusa y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre; peca por redundante el blanco que dice: "Mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "Mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y es mucha la ignorancia que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se la llame así, porque no es más que decoro natural y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se aleja de la condición de esclavitud, no acusa inferioridad la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y a probar que su color no le priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derechos tiene para quejarse del racista negro que también le vea especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza; los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental o en lo postergable al móvil común difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado y en su grado a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color, y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por

el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no hay nunca guerra de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza en negros y blancos.

José Martí, *Mi raza* (1893), disponible en: ensayistas.org

El prejuicio de color

Louis Joseph Janvier

El problema de los prejuicios de color es tan importante, está tan vinculado a la esencia de las cosas, el estudio de sus transformaciones a través de las colonizaciones y las evoluciones es tan fascinante, tan apasionante, que ninguna historia de las sociedades americanas no está completa, sería si la pasa por alto. Hay que establecer una importante distinción entre los mulatos haitianos que han servido todos los gobiernos cualesquiera que fuesen, supuesto que servían la patria, y aquellos que, desde que un gobierno negro llegaba al poder, rehusaban sea servirlo, sea obedecerlo, o bien, abandonando el país, se iban al exterior a declarar mentirosamente que a causa de su color se les quería masacrar. Los primeros son excelentes patriotas, espíritus emancipados, hombres que han dejado atrás viejos prejuicios que recibieron junto con la vida de sus padres. Los segundos, los mulatos que tienen aún prejuicios de color, son individuos más a compadecer que a odiar: son víctimas de su primera educación, del atavismo, es decir de la semejanza intelectual y moral con sus ancestros. Las ideas madre, las ideas de la infancia, las ideas retrógradas, las ideas de rutina que les fueron inculcadas, disputan el asiento en las células cerebrales a las ideas nuevas, a las ideas de progreso, a las ideas modernas, o incluso logran todavía vencerlas. Hay que rehacerles el cerebro lo más pronto posible por una educación nueva. Eso será difícil, pues el espíritu se encariña de preferencia con las ideas descabelladas, pues todo pensamiento nuevo no predomina sobre los anteriores que con el tiempo, bajo la influencia combinada de la ciencia, de la discusión y de la reflexión. La ciencia contemporánea enseña que la corteza gris del cerebro que se halla en la superficie de las circunvalaciones está compuesta de 2 a 3 milímetros de espesor; que está formada de capas que se sobreponen y que recibe las impresiones de afuera. Estas impresiones, las lleva hasta el centro del órgano por fibras sensitivas. Fibras motrices transmiten a los músculos los órdenes de las células periféricas. El número de las células nerviosas dispuestas en estratificaciones en un milímetro cuadrado de substancia cortical puede elevarse en el hombre hasta varios miles. Las capas de estratos son más numerosas en la parte anterior del cerebro, en los lóbulos frontales, centros principales de la inteligencia. El trabajo intelectual desarrolla el cerebro absolutamente como el trabajo físico desarrolla el músculo. Tal negro cuyo cerebro está en incesante cultura (sic), en perpétuo ejercicio, está superior intelectualmente a tal blanco o a tal mulato cuyo cerebro no ha recibido ninguna cultura o no ha recibido más que un cultura inferior a aquella recibida por el negro instruido. Para bien compenetrarse con estos hechos y poder sacar todas las consecuencias que conllevan, hay que tener un cerebro a la vez intuitivo y deductivo; no basta haber adquirido conocimientos superficiales de medicina inferior, de fisiología corriente; hay que haber estudiado también, y a fondo, hay que haber asimilado por paciente estudio todas las ciencias sociales, todas las ciencias físicas y naturales, la psicología y la sociología tal como las enseñan los grandes pensadores contemporáneos.

Geffrard y sus consejeros, a los cuales no se les puede reprochar haber ignorado cosas que ignoran todavía el común de los gobernantes europeos, estaban muy equivocados al hacer circular una teoría que existía mucho antes que ellos, teoría según la cual se decía ya después de la caída de Rivière Hérard que el gobierno de Haití, no pudiendo ser más confiado a mulatos porque no gozaban de la estima del mayor número de los negros, debía de ser confiado siempre a los griffes, tan solo porque esos podrían servir de enlace entre negros y mulatos.

No más que en los tiempos de Geffrard, y en nuestros días en que la teoría ha sido exhumada por graciosos payasos, cuya única excusa cuando balbucian términos de metafísica política prohibidos a los profanos es una desgracia tristemente célebre, no se ha tomado la precaución de decir al pueblo haitiano si esos griffes debían de comenzar por ser instruidos, virtuosos, patriotas, o si había que aceptarlos a pesar de su impopularidad, inmoralidad o incapacidad notoria y nada más por la suerte de poder decir a los ingenuos: "Nuestro presidente es un griffe, todo irá bien; el prejuicio de color no existe más." Eso es infantil. En el fondo, el color del presidente importa poco si los ministros son responsables, si el Parlamento vigila sobre los intereses del país, si todos los poderes son obligados de actuar con el único objetivo de actuar en beneficio de las mayorías; si sobre todo todos los ciudadanos, rechazando esos términos de distinciones humillantes y divisorios, que eran en otros tiempos estigmatizadas por

ignominiosos, en vez de llamarse mulatos, griffes, saltatrás, mamelucos, cuarterones, dijeran con orgullo que son negros y respetan la ley; si los ciudadanos de la élite que se creen capaces de asentarse en el ministerio, en el Parlamento, en un consejo municipal, en vez de fingir y de lucir de alguna gota o de mil gotas de sangre blanca que se imaginan tener en sus venas, probaran por la nitidez de su conducta, la altura y la sinceridad de sus convicciones, su hombría cerebral, que no son timoratos ni neuróticos; si se estimaran más todos aquellos a los cuales Mirabeau, Pitt, Cobden, Castelar no llegan al tobillo, si se estimaran más montar a la tribuna o tomar la pluma y no el fusil para hacer ver que saben gobernar. Suponiendo que el poder debe pertenecer a tal o cual categoría de haitianos por el grado de atrofia de las células de la capa pigmentaria de su cutis, ese poder no puede pertenecer más que a los negros y particularmente a los negros instruídos: ellos sobre todo pueden inspirar toda confianza a las masas. En una república democrática, es el número que debe gobernar por los individuos que más se le parecen, que la representan más por el alma y la carne. Es allí donde está la verdad. Es la palabra fuerte que dicen todas las revueltas campesinas que han sido llamados piquets, como admiten hasta sus imbéciles adversarios de ayer y de hoy.

Sentimentales y generosos como lo han sido siempre, fuertemente impregnados de la noción de lo justo que es superior a la del derecho, y sobre todo a la del derecho escrito, la cual muchísimas veces consagra el robo, los piquets han siempre querido, pedido, que unos nos amemos a los otros; han siempre reclamado que se les comprobara que se les amaba.

Demostramos el afecto por hechos, y demostramos el amor por actos. En política también, el platonismo es signo de anemia de corazón, de frialdad de sentimientos. Una política profundamente democrática, absolutamente nacional, es el hecho capital, el único hecho desirable para que sean obetnidos esos grandes resultados de la cohesión, de la fuerza, del progreso: el crecimiento continuo del campesino y del artesano, la hermandad efectiva, palpable de los dirigentes. Esa política valdrá más que cualquier constitución, por más bella que fuera o pareciera sobre el papel. Matará, esa política democrática, leal, científica, piquetista, si lo quieren los atrasados que mantienen las ideas de los tiempos de Riché, matará todos los prejuicios, todas las supersticiones de África y de Europa, todos los errores y con ellos el más nefasto, el más ridículo de todos, el origen de todos los demás: el prejuicio de color.

Janvier Louis-Joseph, *Les constitutions d'Haïti (1801-1885)*, Paris, C. Marpon et El Flammarion 1886, pp. 292-296. Traducción de Rudolf Widmer

África para el capital afro-americano

Marcus Garvey

Hoy en día, África es la apuesta más importante en la caza de las naciones y las razas. Se considera que África es, como he dicho siempre, el sitio más rico en el mundo, listo para ser explotado por aquellos que son suficientemente entusiastas y agradecidos para invertir su dinero y su interés en el desarrollo de ese continente.

Un llamado abierto se hace ahora a los capitalistas de diferentes países para que inviertan en la explotación de los yacimientos petroleros y las minas de diamantes, oro y hierro de la Vieja Patria (*Old Homeland*). Eso significa que dentro de un corto plazo, África será el centro de las actividades comerciales del mundo; para aquel entonces, el hombre negro será obviamente relegado a su acostumbrado sitio de 'perro sumiso' (under-dog) de la Nueva civilización Africana. Eso está por suceder a pesar de la existencia de una civilización Negra bien desarrollada en el Mundo Occidental, donde los hombres de raza Negra buscan las mismas oportunidades en la economía que las demás razas del mundo.

Vamos, Negros, y preparémonos por el mundo entero para el conflicto resultará inevitablemente entre las fuerzas rivales por el control último de nuestra patria (our country) - África. Por que no vamos a darnos por vencido facilmente y permitir a esos Europeos intrusos de robar, explotar y dominar la tierra de nuestros Padres (Fathers).

Si el petroleo de África era bueno para los intereses de Rockefeller, si el hierro era bueno para el Carnegie Trust, esos minerales son ciertamente buenos para nosotros también. ¿Por qué deberíamos permitir (allow) a Wall Street y los otros grupos capitalistas de América y de otros países explotar nuestro país cuando rehusan darnos una justa oportunidad en los países de nuestra adopción?, ¿por qué África no daría al mundo sus Rockefeller, Rothschild y Henry Ford negros? Ahora es la oportunidad. Ahora es la hora para que todo Negro haga todo esfuerzo necesario para hallar un patrón comercial e industrial que nos ponga a la par de los exitosos hombres de negocio de otras razas.

África invita el capital a desarrollar sus recursos. No dejemos que otros suplan ese capital, sea financiero o humano: hagamos, los Negros, nuestro aporte propio. Es nuestro deber prevenirnos contra los mañosos explotadores del mundo que han engañado y robado África de sus posesiones.

Marcus Garvey, *Africa's Wealth*, art. publicado en *Negro World*, 18 abril 1923, en: Adelaide Cromwell Hill, Martin Kilson A. Cromwell (compiladores), *A propos of Africa: Sentiments of Negro American Leaders on Africa from the 1800s to the 1950s*, London, Frank Cass & Co. 1969, p. 60

Claude McKay, Poesía

Enslaved

Oh when I think of my long-suffering race,
For weary centuries despised, oppressed,
Enslaved and lynched, denied a human place
In the great life line of the Christian West;
And in the Black Land disinherited,
Robbed in the ancient country of its birth,
My heart grows sick with hate, becomes as lead,
For this my race that has no home on earth.
Then from the dark depths of my soul I cry
To the avenging angel to consume
The white man's world of wonders utterly:
Let it be swallowed up in earth's vast womb,
Or upward roll as sacrificial smoke
To liberate my people from its yoke!

Esclavo

Cada vez que pienso en el sufrimiento de mi
pueblo,
Abatido a través de los siglos, oprimido y
despreciado,
Esclavizado y linchado, sin lugar en este suelo
De la historia ancestral del Occidente Cristiano,
Y de la Tierra desheredado,
De ese antiguo lugar, su cuna, privado
El odio intoxica mi corazón, lo vuelve como el
plomo,
Pues no hay lugar en la tierra para este mi pueblo.
Desde la profundidad de esta lúgubre alma,
suplico
Al ángel vengador que destruya
El mundo de maravillas del hombre blanco por
completo:
Por las entrañas de la tierra ingerido
O como humareda de sacrificio llevado por los
cielos
Para de su yugo liberar a mi pueblo

Africa

The sun sought thy dim bed and brought forth
light,
The sciences were sucklings at thy breast;
When all the world was young in pregnant night
Thy slaves toiled at thy monumental best.
Thou ancient treasure-land, thou modern prize,
New peoples marvel at thy pyramids!
The years roll on, thy sphinx of riddle eyes
Watches the mad world with immobile lids.
The Hebrews humbled them at Pharaoh's name.
Cradle of Power! Yet all things were in vain!
Honor and Glory, Arrogance and Fame!
They went. The darkness swallowed thee again.
Thou art the harlot, now thy time is done,
Of all the mighty nations of the sun.

Africa

El sol penetró en tu tenue morada y dio vida a la
luz,
De tus pechos se amamantaban las ciencias
Cuando en la noche fecundada, el mundo apenas
nacía
Y tus esclavos se esforzaban en tu momento de
grandeza.
Tú, tesoro antiguo; tú, premio moderno,
¡Nuevas civilizaciones se maravillan ante tus
pirámides!
Y pasa el tiempo, mientras los ojos enigmáticos
de la Esfinge de Guiza
Observan fijamente, el mundo desenfrenado.
Los hebreos humillaron el poder del Faraón.
¡Cuna del poder absoluto, y sin embargo todo
fue en vano!
¡Honor y gloria; fama y arrogancia! Se han ido.
La oscuridad te consumió de nuevo.
Tu tiempo acabó, ahora eres la ramera
De todas las poderosas naciones del sol.

Claude McKay, Enslaved, Africa. Traducción de
Rostym Sulbarán, disponible en
rsstraducciones.files.wordpress.com

Nicolás Guillén, Los dos abuelos

Balada de los dos abuelos

Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.
Lanza con punta de hueso,
tambor de cuero y madera:
mi abuelo negro.
Gorguera en el cuello ancho,
gris armadura guerrera:
mi abuelo blanco.
Pie desnudo, torso pétreo
los de mi negro;
pupilas de vidrio antártico
las de mi blanco.
África de selvas húmedas
y de gordos gongos sordos...
—¡Me muero!
(Dice mi abuelo negro).
Aguaprieta de caimanes,
verdes mañanas de cocos...
—¡Me canso!
(Dice mi abuelo blanco).
Oh velas de amargo viento,
galeón ardiendo en oro...
—¡Me muero!
(Dice mi abuelo negro.)
¡Oh costas de cuello virgen
engañadas de abalorios...!
—¡Me canso!
(Dice mi abuelo blanco.)
¡Oh puro sol repujado,
preso en el aro del trópico;
oh luna redonda y limpia
sobre el sueño de los monos!

¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
¡Qué largo fulgor de cañas!
¡Qué látigo el del negrero!
Piedra de llanto y de sangre,
venas y ojos entreabiertos,
y madrugadas vacías,
y atardeceres de ingenio,
y una gran voz, fuerte voz,
despedazando el silencio.
¡Qué de barcos, qué de barcos,
qué de negros!
Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.
Don Federico me grita
y Taita Facundo calla;
los dos en la noche sueñan
y andan, andan.
Yo los junto.
—¡Federico!
¡Facundo! Los dos se abrazan.
Los dos suspiran. Los dos
las fuertes cabezas alzan:
los dos del mismo tamaño,
bajo las estrellas altas;
los dos del mismo tamaño,
ansia negra y ansia blanca,
los dos del mismo tamaño,
gritan, sueñan, lloran, cantan.
Sueñan, lloran. Cantan.
Lloran, cantan.
¡Cantan!

Nicolás Guillén, *West Indies Ltd.*, en *Obra poética 1920-1972*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.

Jacques Roumain, Bois d'ébène

Preludio.

Si el verano es lluvioso y triste
si el cielo nubla el estanque con un párpado de
nube
si la palma se desanuda en jirones
si los árboles permanecen orgullosos y negros en
el viento y la bruma
si el viento abate sobre la sabana un pedazo de
canto fúnebre
si la sombra se acurruca alrededor del fuego
apagado del hogar
si un velamen de alas salvajes lleva la isla hacia
los naufragios
si el crepúsculo ahoga el vuelo desgarrado de un
último pañuelo
y si el grito hiere al pájaro
tú partirás
abandonando tu pueblo
su laguna y sus uveros amargos
la huella de tus pasos sobre la arena
el reflejo de un sueño en el fondo de un pozo
y la vieja torre atada a la vuelta del camino
como un perro fiel al extremo de su correa
y que ladra en la noche
un llamado cascado en los pastizales...
Negro propalador de rebelión
conoces todos los caminos del mundo
desde que fuiste vendido en Guinea
una luz vacilante te llama
una piragua lívida
encallada en el hollín de un cielo de suburbios
Chimeneas de fábricas
palmeras decapitadas de una hojarasca de humo
liberan una firma vehemente
La sirena abre sus válvulas
las prensas de las fundiciones cuele un vino de
odio
un oleaje de hombros la espuma de los gritos
y se extiende por las calles
y fermenta en silencio
en los tugurios cubas de motines
He aquí para tu voz un eco de carne y sangre
negro mensajero de la esperanza
porque conoces todos los cantos del mundo
desde aquellos de los senderos inmemoriales del
Nilo.
Recuerdas de cada palabra el peso de las piedras
de Egipto
y el impulso de tu miseria levantó las columnas de
los templos
Como un sollozo de savia el tallo de las cañas
Cortejo titubeante ebrio de espejismos

En la pista caravanas de esclavos
elevan
delgadas ramas de sombras encadenadas de sol
brazos implorantes a nuestros dioses
Mandingos Aradas Bambara Ibo
gimiendo un canto que estrangulan los carcanes
(y cuando llegamos a la costa
Mandingas Bambara Ibo
de nosotros no quedaba
Bambara Ibo
más que un puñado de granos dispersos
en la mano del sembrador de la muerte)
Ese mismo canto retomado hoy en el Congo
pero ¿cuándo, pues, oh pueblo mío
los cauchos
en llamas dispersando una tormenta
de pájaros de ceniza
reconoceré la rebelión de tus manos?
y que escuchaba en Las Antillas
porque este canto negra
quién te enseñó negra ese canto de inmensa
pena negra de las islas negra de las plantaciones
esta queja desolada
Como en la concha el soplo oprimido de los mares
Pero sé también de un silencio
un silencio de veinticinco mil cadáveres negros
de veinticinco mil travesaños de Madera de Ébano
Sobre los rieles del Congo-Océano
pero yo sé
de sudarios de silencio en las ramas de los
cipreses
de pétalos de negros coágulos en las zarzas
de ese árbol donde fue linchado mi hermano de
Georgia
y pastor de Abisinia
Qué espanto te hizo pastor de Abisinia
esa máscara de silencio mineral
qué rocío infame de tus ovejas un rebaño de
mármol
en los pastos de la muerte
No no hay ni canga ni hiedra para ahorcarlo
ni cárcel de tumba para encerrarlo
ni elocuencia para disfrazarlo con las pacotillas de
la mentira
El silencio
más desgarrador que un simún de azagayas
más rugidor que un ciclón de fieras
y que aúlla
se eleva
convoca
venganza y castigo
maremoto de pus y de lava

sobre la felonía del mundo
y el tímpano del cielo reventado bajo el puño
de la justicia
África he guardado tu memoria África
tu estás en mí
Como la astilla en la herida
como un fetiche tutelar en el centro del pueblo
haz de mí la piedra de tu honda
de mi boca los labios de tu llaga
de mis rodillas las columnas rotas de tu sumisión...

SIN EMBARGO

no quiero ser sino de vuestra raza
obreros campesinos de todos los países
lo que nos separa
los climas la extensión el espacio
los mares
un poco de espuma de veleros en una cubeta de
índigo
una lavada de nubes secándose en el horizonte
aquí chozas una marisma impura
allá estepas podadas con tijeras de hielo
pastos de montaña
el sueño de una pradera mecida de los álamos
el collar de un río en la garganta de una colina
el pulso de las fábricas martillando la fiebre de los
veranos
otras playas otras selvas
la asamblea de las montañas
habitada por el elevado pensamiento de los
gavilanes
otros pueblos
¿Es todo esto clima extensión espacio
que crea el clan la tribu la nación
la piel la raza y los dioses
nuestra diferencia inexorable?
¿Y la mina
y la fábrica
las cosechas arrancadas a nuestra hambre
nuestra común indignidad
nuestra servidumbre invariable bajo todos los
cielos?
Mineros de Asturias minero negro de
Johannesburgo
metalúrgico de Krupp duro campesino de Castilla
viñador
de Sicilia paria de las Indias
(franqueo réprobo tu umbral-réprobo
tomo tu mano en mi mano-intocable)
guardia roja de la China soviética obrero alemán
de la
prisión de Moabit indio de las Américas
Construiremos de nuevo
Copán
Palenque

y los Tiahuanacos socialistas
Obrero blanco de Detroit peón negro de Alabama
pueblo innumerable de las galeras capitalistas
el destino nos alza hombro con hombro
y renegando del antiguo maleficio de los tabúes
de sangre
hollamos los escombros de nuestras soledades
Si el torrente es frontera
arrancaremos al arroyo su cabellera
inagotable
si la sierra es frontera
quebraremos las mandíbulas de los volcanes
afirmando las cordilleras
y la llanura será la explanada de la aurora
donde se juntan nuestras fuerzas dispersas
por la astucia de nuestros amos
Como la contradicción de los rasgos
se resuelve en la armonía del rostro
proclamamos la unidad del sufrimiento
y de la rebelión
de todos los pueblos en toda la superficie de la
tierra
y agitamos el mortero de los tiempos fraternales
en el polvo de los ídolos.
(Bruselas, junio de 1939)

NUEVO SERMÓN NEGRO

A Tristan Rémy
Le escupieron la Faz con su helado desprecio
Como una bandera negra flota al viento golpeada
por la nieve
Para convertirlo en el pobre negro el dios de los
poderosos
De sus harapos los adornos del altar
De su canto dulce de miseria
De su queja temblorosa de banjo
El tumulto orgulloso del órgano
De sus brazos que halaban pesadas chalanas
En el río Jordán
El arma de los que golpean con la espada
De su cuerpo agotado como el nuestro en las
plantaciones de algodón
Como un carbón ardiente
Como un carbón ardiente en un zarzal de rosas
blancas
El escudo de oro de su fortuna
Blanquearon Su Faz negra con el escupitajo de su
helado desprecio
Escupieron Tu Faz negra
Señor, nuestro amigo, nuestro camarada
Tú que apartaste del rostro de la prostituta
Como una cortina de cañas sus largos cabellos
Sobre la fuente de sus lágrimas
Hicieron

los ricos los fariseos los terratenientes los
banqueros
Hicieron del Hombre sangrante el dios sangriento
Oh Judas ríe sarcástico
Oh Judas ríe sarcástico:
Cristo entre dos ladrones como una llama
desgarrada
En la cima del mundo
Encendía la rebelión de los esclavos
Pero Cristo está hoy en la casa de los ladrones
Y sus brazos despliegan en las catedrales la
sombra extendida del buitre
Y en las cavas de los monasterios el sacerdote
cuenta los intereses de los
[treinta denarios
Y los campanarios de las iglesias escupen la
muerte sobre
[multitudes hambrientas
No los perdonaremos porque saben lo que hacen

Lincharon a John que organizaba el sindicato
Lo persiguieron con perros como a un lobo
extraviado a través del bosque
Lo ahorcaron mientras se reían en el tronco del
viejo sicomoro
No, hermanos, camaradas
No rezaremos más
Nuestra rebelión se alza como el grito del pájaro
de tempestad
por encima del chapoteo podrido de los pantanos
No cantaremos más los tristes spirituals
desesperados
Otro canto brota de nuestras gargantas
Desplegamos nuestras rojas banderas
Manchadas con la sangre de nuestros justos
Bajo este signo marcharemos
Bajo este signo marcharemos
De pie los condenados de la tierra
De pie los presidiarios del hambre.

Jacques Roumain, Gobernadores del rocío y otros textos, Caracas, Biblioteca Ayacucho 2004, pp. 103-109

Problemas actuales de la cultura haitiana

Jacques Stéphen Alexis

Hemos dicho que Haití enfrenta un serio problema debido a su bilingüismo. Dicho bilingüismo no sería un problema si no existiera este dato que trastorna todo: un porcentaje de analfabetismo que supera el 85%. Si la literatura haitiana no ha producido mucho más, se debe al analfabetismo que limita lo literario, lo que no alienta demasiado a los escritores haitianos que viven difícilmente de su arte o que directamente no viven del arte, salvo raras excepciones. Por este hecho, los escritores haitianos se ven obligados a volcarse hacia la función pública y tampoco pueden dedicar mucho tiempo a su arte puesto que su libertad de expresión se ve singularmente limitada en el marco de un país en el que históricamente la función pública es un asunto de “partidismo”. El problema más grave reside en que no hay comunicación posible entre el pueblo haitiano y aquellos hijos suyos que son creadores válidos, que honran e ilustran su cultura. Nuestra posición respecto de este punto es clara: el combate por la grandeza de la literatura haitiana es inseparable de la lucha por una verdadera desanalfabetización masiva y organizada por el Estado. Un escritor que no comprenda esta obligación histórica de liquidar el analfabetismo en Haití, un escritor que no comprenda esa necesidad de participar en una grande y poderosa organización de combate para acostumbrar al pueblo y al gobierno a destinar una parte importante de nuestros recursos a tal obra, no sólo estaría olvidando sus deberes de patriota, sino que estaría olvidando también su misión de escritor y de intelectual.

Creemos que hay dos idiomas que pueden dar cuenta literariamente de la realidad viva de Haití: el créole y el francés. Para nosotros, el créole se encuentra en el estadio en que estaba el francés en relación al latín durante la Edad Media. En aquel entonces, el francés era la lengua del pueblo, el latín, la de los letrados y sabios. En aquella época, no podía preverse cuál de las dos lenguas saldría victoriosa en el futuro, el habla popular o la lengua latina; las condiciones objetivas de Francia hicieron que fuera el francés el que evolucionara, el que se enriqueciera; fue el latín el que declinó, convirtiéndose en el latín de cocina, se debilitó, luego, desapareció (lo mismo sucedió en Italia). Hoy, aunque el créole es la lengua de la aplastante mayoría de la población, no queremos hacer profecías sobre el futuro, pues las condiciones de vida moderna no son las de la Edad Media; sin embargo, debemos adoptar una actitud práctica mientras esperamos que el francés y el créole concluyan su querrela histórica en Haití. En verdad, creemos que es un deber enseñar al pueblo haitiano a leer en su lengua materna créole y que no debemos continuar cometiendo la tontería que arruinó durante ciento cincuenta años los esfuerzos de la instrucción pública, a saber: obstinarse en enseñarles a leer a los iletrados en un idioma extranjero, a pesar del parentesco. Por cierto, somos partidarios de que se enseñe en todos los niveles de escolaridad el francés como lengua privilegiada, pero el créole debe servir de base, como mínimo, en la escuela primaria y rural. De este modo, evitaremos la aventura de considerar a quienes han sido, digamos, desanalfabetizados por el francés para transformarse rápidamente en analfabetos funcionales, caso que sucede con frecuencia. También creemos que hay que generar en la enseñanza un espacio privilegiado, después del francés, al español, teniendo en cuenta el contexto latinoamericano que es nuestro, puesto que efectivamente miles de haitianos hablan este idioma.

En el plano de la literatura, creemos que hay que utilizar concurrentemente ambos idiomas, francés y créole, y no una lengua intermedia: francesa, en su forma gramatical, y créole, en su ritmo gracias a un uso del viejo francés que ya desapareció. No será una lengua intermedia la que triunfe en Haití, ya sea el francés o el créole, e, incluso, en un lejano futuro, esta lengua victoriosa estará en función de nuestras relaciones con los demás Estados antillanos y latinoamericanos cercanos. No consideramos como si fueran Don Quijote a los escritores haitianos que empiezan a publicar obras en créole, la cuestión es inseparable de la desanalfabetización; necesitamos desde ahora textos en créole para llevar a buen término esta desanalfabetización. Debemos pensar también en la traducción al créole de las obras valiosas de los escritores haitianos y en la de todos los clásicos de la literatura haitiana. En lo que respecta al movimiento del teatro en lengua

créole, que se está desarrollando desde hace algunos años, es de un gran interés para que la cultura penetre en todas las capas de la población.

En el plano de las artes plásticas, estamos felices del inmenso interés que despierta en el mundo la pintura haitiana, casi tanto como la pintura mexicana. Nos regocijamos de que, en todos los concursos de pintura organizados en América Central, la pintura haitiana ocupe los primeros puestos o gane las palmas; pero queremos advertir, desde ahora, un peligro que acecha las artes plásticas haitianas. Lo que le ocurrió a nuestra escultura, tan prometedoramente hace algunos años, acecha a nuestra pintura.

Efectivamente, el mercado haitiano de las artes plásticas es, en buena parte, mercado extranjero, mercado norteamericano, y una gran cantidad de nuestros escultores se han dejado corromper por el gusto por lo pintoresco y lo salvaje de un cierto turismo estadounidense produciendo obras que nada tienen ya de haitiano; ya podemos comprobar los comienzos de esta enfermedad entre nuestros pintores. Es importante que se levanten voces contra tal comercialización; pero también hay que encarar los medios de lucha adecuados para ampliar el mercado nacional de las artes plásticas. Al mismo tiempo, debemos presentar nuestras obras a Europa como a las demás regiones del mundo que manifiestan interés por los continuadores de Hector Hippolyte, la brillante pléyade tales como Wilson Bigaud, Dieudonné Cédor, Louverture Poisson y Philorné Obin considerados los mejores. Que un espíritu profundamente nacional y realista nos sirva siempre de brújula, esa brújula que nos ha valido y nos sigue valiendo grandes éxitos.

Si bien esta advertencia que pende sobre nuestras artes plásticas, también amenaza a nuestro canto y a nuestra danza folclórica, siempre en función de ese turismo estadounidense cada día más invasor, dicha coacción no es importante en el plano de nuestra música. Si comprobamos un reflujó de la música cubana y de la música dominicana con respecto a la nuestra, muchas veces no es más que el retorno de lo que nosotros mismos hemos exportado; por ello, no hay que inquietarse demasiado por esas influencias pues la herencia cultural de los creadores cubanos y dominicanos no es fundamentalmente distinta de la nuestra. Lo que no quiere decir que no debamos preocuparnos por expresar fielmente nuestra realidad nacional en música. Lo que nos preocupa ante todo es la aversión del que es objeto entre nosotros la música de cámara y la música sinfónica. No existen muchos lugares en el mundo en los que el oficio de compositor sea rentable. Sin embargo, hay que estudiar el problema en todos sus aspectos a fin de que haya entre nosotros numerosos continuadores de Justin Elie, Jeanty y de Ludovic Lamothe.

Conclusiones

Ahora llegó el momento de volvernos hacia nuestros hermanos de origen negro para decirles que necesitamos de ellos para cumplir nuestros deberes. En verdad, ¡cuántas tareas nos esperan en nuestros respectivos países! La colaboración y la ayuda mutua son indispensables; confiamos todos en que a este primer Congreso sea continuado por muchos otros, a fin de confrontar de ahora en más en un espíritu de amistad y fraternidad, lo que estamos cumpliendo. Pero, permítanos expresar un deseo. Necesitaríamos que una organización permanente nos ayudara a llevar a buen término nuestra colaboración; necesitaríamos que, al menos en cada país interesado, haya un Comité Nacional de Intelectuales de origen negro y que un eficaz Comité Internacional de Vinculación de los Intelectuales de origen negro coordine las manifestaciones de solidaridad y colaboración de los distintos Comités Nacionales en el intervalo de cada uno de nuestros Congresos. Quizá sería necesario, incluso, que en cada una de nuestras ciudades importantes existan comités locales encargados de popularizar y concretar las decisiones. Sin embargo, sólo las Comisiones de trabajo de este Congreso podrán considerar el detalle de esta propuesta, por ello, en nombre de los intelectuales, escritores y artistas haitianos, saludo fraternalmente a todos nuestros hermanos y hermanas de diversos países, llegados para bregar juntos en un espíritu resuelto de fraternidad y solidaridad.

Alexis Jacques-Stéphen, Prolegómenos a un manifiesto del realismo maravilloso de los haitianos (1956), (consulta 22 de abril 2016), disponible en: redalyc.org

Cualquier cocinero puede gobernar (extractos)

C.L.R. James

La democracia directa

La forma griega de gobierno fue la ciudad-estado. Cada ciudad griega fue un estado independiente. En su mejor momento, en la ciudad-estado de Atenas, la asamblea pública de todos los ciudadanos tomaba todas las decisiones importantes sobre cuestiones tales como la paz o la guerra. Escucharon a los enviados de potencias extranjeras y decidían cuál sería su actitud ante lo que estas potencias extranjeras habían enviado a decir. Examinaban las graves cuestiones relacionadas con los impuestos, nombraban a los generales que les guiarían en tiempo de guerra. Ellos organizaron la administración del estado, nombraban los funcionarios y mantenían el control sobre ellos. La asamblea pública de todos los ciudadanos era el gobierno.

Tal vez lo más sorprendente sobre la democracia griega fue que la administración (y había enormes problemas administrativos) se organizó en base de lo que se conoce como sorteo, o, más fácilmente, selección por sorteo. La inmensa mayoría de los funcionarios griegos fueron escogidos por un método que equivale a poner nombres en un sombrero y nombrar aquellos cuyos nombres salieron sorteados.

Actualmente el burócrata promedio o diputado Laborista en Gran Bretaña se reduciría adecuadamente si se le sugiere que cualquier trabajador seleccionado al azar puede hacer el trabajo que está haciendo, pero ese fue precisamente el principio rector de la democracia griega. Y esta forma de gobierno es el gobierno en virtud del cual floreció la civilización más grande jamás haya conocido el mundo.

La democracia parlamentaria moderna elige a los representantes y estos representantes constituyen el gobierno. Antes de que la democracia representativa representara el poder, los griegos se habían regido por diversas formas de gobierno, incluyendo al gobierno por representantes y lo rechazaron. Se negaron a creer que el ciudadano común no fuera capaz de realizar prácticamente todas las actividades del gobierno. No sólo la asamblea pública de todos los ciudadanos mantuvo todas las decisiones importantes en sus propias manos. Para el Griego, la palabra isonomía, que significa la igualdad, se utiliza indistintamente para referirse a la democracia. Para los griegos, los dos términos significan lo mismo. Para el griego, un hombre que no participa en la política es un idiota, un idiota, de donde obtenemos nuestra palabra moderna idiota, cuyo significado, sin embargo, hemos limitado. Los griegos no sólo elegían todos los funcionarios por sorteo, también limitaban su tiempo de servicio. Cuando un hombre ha servido una vez, como regla general, era excluido de volver a servir porque los Griegos creían en rotación, cada cual asuma su turno para administrar el estado.

Los intelectuales

Intelectuales como Platón y Aristóteles detestaban el sistema. Y Sócrates pensó que el gobierno debería ser para expertos y no de la gente común. A lo largo de siglos, filósofos y escritores políticos desorientados por estos griegos que cuando hablaban de igualdad realmente querían significar igualdad, o bien han abusado de esta democracia o trataron de explicar que esta democracia directa era apta sólo para la ciudad-estado. Las comunidades grandes y modernas, dicen, no son idóneas para esa forma de gobierno.

Creemos en correspondencia que cuanto más grande es la comunidad moderna, más urgente es que se gobierne a sí misma por el principio de la democracia directa (no necesariamente ha de ser una mera

copia de la griega). De lo contrario nos enfrentamos a una vasta y creciente burocracia.

Es por eso que un estudio, aunque sea breve de la constitución y los procedimientos gubernamentales de la democracia griega es tan importante para nosotros hoy.

Veamos cómo la democracia griega administra la justicia: Las ciudades griegas durante un tiempo tuvieron magistrados y jueces de un tipo especial, como las que tenemos hoy. Cuando la democracia llegó al poder, alrededor de la mitad del siglo V a.c. , se empezó una reorganización total del sistema de justicia. El quórum para las sesiones de la asamblea se suponía que iba a ser 6.000 . La democracia griega por lo tanto al comienzo de cada año, eligió por sorteo 12 grupos de 500 cada uno. Estos 500 juzgaban los casos y sus decisiones son inapelables. En la democracia griega el magistrado o el juez era un simple secretario del juzgado. Él tomaba la información preliminar y presidía como un funcionario en el caso. Pero su posición como presidente fue meramente formal. El jurado no tomaba, como en nuestros tribunales hoy, sólo una decisión sobre los hechos y acude a él para obtener más información sobre la ley. Ellos se pronunciaban sobre la ley, así como sobre los hechos. Los litigantes llevaban su propio caso, aunque el litigante podía acudir a otro hombre versado en la ley, se le permitía escribir un discurso y leerlo por sí mismo.

Los griegos fueron grandes creyentes en la ley, escritas y no escritas. Pero los demócratas creían no sólo en la teoría del derecho, sino en los principios de equidad y podemos definir la equidad como lo que parecería correcto en un caso determinado en las mentes de 500 ciudadanos elegidos por sorteo de entre la población ateniense.

Sin expertos

Sería un hombre muy audaz el que dijera que el sistema de justicia fue de alguna manera inferior a los monstruos modernos que los abogados protagonizan, los casos pueden durar indefinidamente, pasando de tribunal a tribunal, y cuestiones de grave importancia son decididas por la posición de puntos y comas (o la ausencia de ellas) en extensas y complicadas las leyes y reglamentos que a veces tienen que ser rastreados por cientos de años y cientos de libros de derecho.

Cuando la Revolución rusa tuvo lugar y era su época heroica, los bolcheviques experimentado con los tribunales populares. Pero eran tímidos y, en cualquier caso, ninguno de estos experimentos duró por mucho tiempo. La esencia del método Griego, aquí como en otros lugares, fue la negativa a entregar estas cosas a los expertos, sino confiar en la inteligencia y el sentido de la justicia de la población en general, lo que significa por supuesto la mayoría de la gente común.

La organización del gobierno

Tenemos que librarnos de la idea de que hay algo primitivo en la organización del gobierno de Atenas. Por el contrario, fue un milagro de procedimiento democrático que estaría más allá de la capacidad de cualquier moderno cuerpo de políticos y abogados, simplemente porque estos creen que cuando cada hombre tiene un voto, la igualdad se establece. La Asamblea designó un consejo de 500 responsables de la administración de la ciudad y la realización de las decisiones.

Pero el consejo fue gobernado por el mismo principio de la igualdad. La ciudad fue dividida en 10 divisiones y el año se dividía en 10 períodos de tiempo. Cada sección de la ciudad elegida por sorteo 50 hombres para servir en el consejo. Todos los consejeros de cada sección duraban en el cargo por una décima parte del año. Por lo que 50 personas estaban siempre a cargo de la administración. El orden en el que el grupo de 50 consejeros de cada sección de la ciudad debe servir se determinaba por sorteo. Todos los días, las 50 personas que estaban cumpliendo elegían a alguien para presidirlos y también era elegido por sorteo. Si en el día que él era el presidente, el pleno de la asamblea se reunía, era el quien presidía la

asamblea.

El consejo tenía un secretario elegido. Pero elegido únicamente por la duración de una décima parte del año. Y para que no hubiera burocracia era elegido no de entre los 50, sino de entre los 450 miembros del consejo que estaban prestando servicios en el momento.

Cuando los miembros habían servido en el consejo, les estaba prohibido servir una segunda vez. Por lo tanto cada persona tuvo la oportunidad de servir. Y aquí llegamos a uno de los grandes beneficios del sistema. Después de varios años, casi todos los ciudadanos tuvieron la oportunidad de haber sido miembros de la administración. De manera que el cuerpo de los ciudadanos que formaron la asamblea pública consistió en hombres que estaban familiarizados con la labor del gobierno.

Ningún proyecto podría ser presentado ante la asamblea si no había sido previamente preparado y organizado por el consejo. Cuando se habían tomado decisiones, la realización de ellas se confiaba al consejo. El Consejo supervisa a todos los magistrados y al trabajo que se hubiera dado a un ciudadano privado.

Los griegos tenían muy pocos funcionarios permanentes. Prefieren nombrar juntas especiales de ciudadanos privados. Cada una de estas juntas tenía su propio y muy cuidadosamente definido ámbito de trabajo. La coordinación de todas estas diversas esferas de trabajo se realizaba por el consejo. Un gran número de comisiones especiales ayudaban a llevar a cabo el trabajo ejecutivo. Por ejemplo, hay 10 miembros de una comisión para ocuparse de asuntos navales, y 10 miembros de otra comisión para conocer de las quejas contra los magistrados al final de su mandato. Una muy interesante comisión fue la comisión para la celebración de ceremonias religiosas. Los griegos eran personas muy religiosas. Pero la mayoría de los sacerdotes y los funcionarios de los templos fueron elegidos y eran en su mayor parte ciudadanos privados. Los griegos no tendría ninguna pandilla de obispos, arzobispos, papas y otros burócratas religiosos que vivieran de organizar la religión. Algunas de estas comisiones fueron elegidos or el consejo. Pero otros fueron designados por sorteo. Cada vez vemos la extraordinaria confianza en que estas personas tenían en la capacidad de las personas comunes y corrientes, el tendero, el candelero, el carpintero, el marinero, el sastre. Cualquiera que sea el comercio del individuo, cualquiera que sea su nivel de instrucción, se le elegía por sorteo para hacer el trabajo de Estado requerido. Y, sin embargo, no permitían tonterías. Si una persona privada proponía algo en la asamblea que esta considerara frívolo o estúpido, el castigo era grave.

C.L.R. James, *Cualquier cocinero puede gobernar (Every cook can govern)*, 2016 (consulta: 17 marzo 2016), disponible en: revleft.com

Negrerías. Juventud Negra y asimilación

Aimé Césaire

Un día, el negro se apoderó de la corbata del Blanco, cogió un sombrero bombín, se atavió con ellos, y partió riendo ...

No era más que un juego, pero el Negro se dejó atrapar por el juego: se habituó si bien a la corbata y al sombrero bombín que terminó creyendo que los había siempre llevado: se burló de aquellos que no los portaban y renegó de su padre, de nombre 'Espíritu de la Sabana (brousse) ... Eso es más o menos la historia del Negro de antes de la guerra que no es otro que el Negro 'de antes de la razón'. Se puso a la escuela del Blanco: ha querido ser 'Otro': quiso ser 'asimilado'.

Diría de buen grado que es locura, si no recordaba que el loco es siempre, en cierto sentido, 'el hombre que tiene fe en si mismo'. Pero el Negro que mató en él el Negro, no tiene nada de 'fe en si mismo', y es allí que se salva de la locura.

Si la asimilación no es locura, es seguramente barbaridad, pues querer ser asimilado es olvidarse que no podemos cambiar de fauna; es desconocer 'la alteridad' que es ley de la Naturaleza.

Eso es sí cierto que el Pueblo, que es hijo primogénito de la Naturaleza, nos advierte todos los días.

Un decreto dice a los Negros:

'Ustedes son semejantes a los Blancos, Ustedes son asimilados'.

El Pueblo, más sabio que los decretos, por que sigue Naturaleza, nos grita:

'Fuera de aquí, Ustedes son diferentes de nosotros; Ustedes no son más que guiris y negros', y se burla del 'moreno al sombrero bombón', reprende el 'mal blanqueado', aporrea al 'negro'.

Admito que es justicia, pues desgracia sobre quien necesita el argumento del palo para convencerse que no puede ser otro que él mismo.

Basta, además, reflexionar sobre la noción de asimilación para darse cuenta que es un asunto peligroso, para el colonizador como para el colonizado.

El colonizador que ha 'asimilado' se disgusta rápido de su obra: las copias no siendo más que copias, los modelos tienen por ellos el desprecio que se tiene para los monos y el loro, pues si el hombre tiene miedo de 'el otro', tiene también el asco para el semejante. Y lo mismo sucede al colonizado: una vez semejante a su forjador, no entiende más el desprecio que este le tiene y lo odia: es así que escuché decir que algunos discípulos odiaban al maestro, porque el maestro quiere siempre ser el maestro, cuando el discípulo ha dejado de ser el discípulo.

Es entonces cierto que la asimilación, nacida del miedo y de la timidez, termina siempre en el desprecio y el odio, y que conlleva en ella los gérmenes de la lucha; lucha del mismo contra el mismo, es decir, la peor de las luchas.

Es por eso que la juventud negra le da la espalda a la tribu de los Viejos.

La tribu de los Viejos dice: 'asimilación', nosotros respondemos 'resurrección'!

¿Qué quiere la juventud Negra?

Vivir.

Pero para vivir realmente, hay que ser uno mismo. El actor es el hombre que no vive realmente: hace vivir una multitud de gentes - cuestión de papeles - pero no se hace vivir a si mismo.

La juventud Negra no quiere jugar ningún papel; quiere ser ella misma.

La historia de los negros es un drama en tres episodios, y estamos llegando al tercer episodio.

Los Negros eran primero esclavizados: 'idiotas y brutos', se decía. Después, se les miraba de una manera más indulgente; se decía: 'valen más que su reputación', y se intentaba formarlos; se les 'asimilaba'; fueron a la escuela de los maestros. 'Grandes niños', se decía, pues solo el niño está perpetuamente en la escuela de los maestros.

Los jóvenes negros de ahora no quieren ni esclavización, ni asimilación, quieren emancipación.

'Hombres', se dirá, pues solo el hombre camina sin preceptor sobre los grandes caminos del pensamiento.

Esclavización y asimilación se parecen: son dos formas de pasividad.

Durante esos dos períodos, el Negro ha sido igualmente estéril.

Emancipación es, al contrario, acción y creación.

La juventud Negra quiere actuar y crear. Quiere tener sus poetas, sus novelistas, quienes le dirán a ella, sus desgracias propias de ella, y sus grandezas propias de ella: quiere contribuir a la vida universal, a la humanización de la humanidad; y para eso, una vez más, hay que conservarse o reencontrarse: es el primado sobre sí.

Pero para ser uno mismo, hay que luchar; primero contra los hermanos extraviados que tienen miedo a ser ellos mismos: es la turba senil de los asimilados;

Después contra aquellos que quieren extender su ego: es la legión feroz de los asimiladores;

Por fin, para ser uno mismo, hay que luchar contra uno mismo: hay que destruir la indiferencia, extirpar el obscurantismo, cortar el sentimentalismo en su raíz; y lo que hay que cortar sobre todo, Mérédith nos lo dirá:

Juventud Negra, hay un pelo que les impide actuar; es el 'Idéntico', y son Ustedes los que lo llevan.

Esquílese a fondo de miedo que el Idéntico no se les escape.

Afeitense:

Es la primera condición de acción y de creación:

Cabello largo, es aflicción.

Aimé Césaire, *Nègreries: Jeunesse Noire et assimilation*, en: *L'Étudiant noir*, no 1 (mars 1935), p. 3; reproducido en: Albert James Arnold (coord.), Aimé Césaire. Poésie, Théâtre, Essais et Discours, CNRS Éditions/Présence Africaine Éditions, Paris 1966, pp. 1292-1293.

Traducción de Rudolf Widmer

Capitalismo y esclavitud (extractos)

Eric Williams

Prefacio

El objeto de este ensayo es ubicar desde una perspectiva histórica la relación entre el capitalismo temprano, tal y como lo ejemplifica Gran Bretaña, y el tráfico de esclavos negros: la esclavitud de los negros y el comercio colonial de los siglos XVII y XVIII. Cada época vuelve a escribir la historia, pero particularmente la nuestra, que se ha visto obligada por los acontecimientos a volver a evaluar nuestras concepciones de la historia y del desarrollo económico y político. El avance de la Revolución Industrial ha sido tratado más o menos adecuadamente en muchos libros, tanto eruditos como populares. Sus enseñanzas han quedado perfectamente establecidas en la conciencia de la clase educada, en general, y de aquellas personas, en particular, que son responsables de la creación y guía de la opinión ilustrada. Por otra parte, si bien es cierto que se ha acumulado gran cantidad de material y se han escrito numerosos libros sobre el periodo que precedió a la Revolución Industrial, la naturaleza mundial e interdependiente del comercio de ese período, sus efectos directos sobre el desarrollo de la Revolución Industrial y la herencia que ha dejado en la civilización actual no han sido presentadas en ninguna parte desde una perspectiva integrada y al mismo tiempo comprensiva. Este estudio es un intento de ello, sin dejar, no obstante, de dar indicaciones sobre el origen económico de conocidas corrientes sociales, políticas y también intelectuales.

Sin embargo, este libro no es un ensayo sobre ideas o interpretaciones posibles. Es, estrictamente, un estudio económico sobre el papel desempeñado por la esclavitud de los negros y el tráfico de esclavos en la provisión del capital que financió la Revolución Industrial en Inglaterra, así como por el maduro capitalismo industrial en la destrucción del sistema esclavista. Es, por lo tanto, en primer lugar, un estudio sobre la historia económica inglesa y en segundo lugar sobre la historia de las Antillas y de los negros. No es un estudio de la institución de la esclavitud sino de la contribución de la esclavitud al desarrollo del capitalismo británico.

Conclusión

Este estudio, si bien se refiere específicamente a Gran Bretaña, ha recibido el título general de Capitalismo y esclavitud. El título El capitalismo británico y la esclavitud, aunque técnicamente más preciso, hubiera resultado, sin embargo, genéricamente falso. Lo que era característico del capitalismo británico era típico también del capitalismo francés. Gaston-Martin escribe: «No existía un sólo naviero importante en Nantes que, entre 1714 y 1789, no comprara y vendiera esclavos; no había uno sólo que vendiera sólo esclavos; es casi igualmente cierto que ninguno hubiera llegado a ser lo que era si no hubiese vendido esclavos. En este reside la importancia esencial del tráfico de esclavos: de su éxito o su fracaso dependía el progreso o la ruina de todos los otros.»

Gran Bretaña, en mayor medida que el resto del mundo, y Francia, fueron los países que introdujeron el mundo moderno del desarrollo industrial y la democracia parlamentaria con sus correspondientes libertades. La otra fuente extranjera que alimentó la acumulación de capital en Gran Bretaña, el comercio con la India, era secundaria en el periodo que hemos tratado. Fue únicamente cuando perdió las colonias americanas en 1783, que Gran Bretaña animó una explotación seria de sus posesiones en la India. La crisis que comenzó en 1776 y continuó durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas hasta la Ley de Reformas de 1832, fue en muchos sentidos una crisis mundial semejante a la crisis de nuestros días, con la única diferencia de que ahora se observa un alcance, una profundidad y una intensidad mayores. Sería extraño que el

estudio de la conmoción anterior no nos dejara, al menos, con ciertas ideas y principios para el examen de lo que nos sucede hoy.

1. Las fuerzas decisivas en el periodo histórico que hemos discutido son las fuerzas económicas del desarrollo. Estos cambios económicos son graduales, imperceptibles, pero producen un irresistible efecto acumulativo. Los hombres, al perseguir sus intereses, rara vez son conscientes de los resultados últimos de su actividad. El capitalismo comercial del siglo XVIII impulsó el desarrollo de la riqueza europea por medio de la esclavitud y el monopolio. Pero al hacerlo, ayudó a crear el capitalismo industrial del siglo XIX, que dio una vuelta completa y destruyó el poder del capitalismo comercial, la esclavitud y todos sus resortes. Sin la comprensión de estos cambios económicos, la historia del periodo no tiene sentido.

2. Los diversos grupos en conflicto como los grandes comerciantes, los industriales y los políticos, si bien son agudamente conscientes de sus intereses inmediatos, son, por esa misma razón, generalmente incapaces de percibir las consecuencias a largo plazo de sus distintas acciones, propuestas y políticas. Para la gran mayoría de los individuos responsables de la política británica, la pérdida de las colonias americanas pareció una catástrofe. En realidad, como hemos visto rápidamente, resultó ser el comienzo de un periodo de creación riqueza y de acumulación de poder político para Gran Bretaña, que excedió con mucho todas las indudables conquistas de la época anterior. Desde este punto de vista, el problema de la libertad de África y del Lejano Oriente respecto del imperialismo, será finalmente decidido por las necesidades de producción. Así como las nuevas fuerzas productivas de 1833 destruyeron las relaciones entre la madre patria y las colonias, que habían existido sesenta años, las fuerzas productivas, incomparablemente mayores, de nuestros días, destruirán finalmente todo tipo de relaciones que se interpongan en su camino. Esto no invalida la urgencia y la validez de los argumentos en favor de la democracia, en favor de las actuales libertades o de las libertades después de la guerra. Pero, mutatis mutandis, los argumentos tienen un cierto aire familiar. Es conveniente abordarlos con cierta experiencia sobre argumentos similares y con el privilegio (aparentemente negado a los contemporáneos activos) de la investigación desapasionada de lo que éstos representaban.

3. Las ideas políticas y morales de la época deben ser examinadas en la más estrecha relación con el desarrollo económico. La política y la moral en abstracto carecen de sentido. Vemos hombres de Estado británicos y publicistas que defienden hoy la esclavitud, se oponen a ella mañana y la defienden al día siguiente. Hoy son imperialistas, al día siguiente anti-imperialistas, e igualmente pro-imperialistas una generación después. Y siempre con la misma vehemencia. La defensa o el ataque se produce siempre en un plano moral o político. Lo que se defiende o se ataca es siempre algo que podemos tocar y ver, que podemos medir en libras esterlinas o en libras de peso, en dólares y centavos, yardas, pies y pulgadas. Esto no es un delito. Es un hecho. Es comprensible en la época. Pero los historiadores, que escriben cien años después, no tienen excusa para continuar envolviendo los intereses reales en una mezcla confusa. Incluso los grandes movimientos de masas, y el movimiento de masas contra la esclavitud fue uno de los más grandes, presentan una curiosa relación con el nacimiento y desarrollo de nuevos intereses y la necesidad de la destrucción de los viejos.

4. Un interés caduco, cuya bancarrota clama al cielo desde una perspectiva histórica, es capaz de ejercer un efecto de obstrucción y dispersión, que sólo puede explicarse por los importantes servicios que prestó anteriormente y por la trinchera previamente conquistada. ¿Cómo podemos explicar de otra manera la poderosa defensa de los colonos de las Antillas cuando cualquiera observador imparcial, si tal cosa existe, podía reconocer que su época ya había pasado? De cualquier modo, en un registro simplificado, tal y como ha de ser siempre la historia, las expresiones contemporáneas más representativas, cuidadosamente elegidas, producen un engañoso efecto de claridad en cuanto a los fines y propósitos.

5. Las ideas levantadas en torno a estos intereses continúan mucho tiempo después de que los intereses hayan sido destruidos, removiendo sus viejos agravios, que resultan todavía más dañinos debido a que los intereses a los que correspondían ya no existen.

Tales son las ideas de la ineptitud del hombre blanco para las tareas en los Trópicos o la inferioridad del negro que lo condenó a la esclavitud. Debemos precavernos no sólo contra estos viejos prejuicios, sino también contra los nuevos que se crean constantemente. Ninguna época esté exenta de estos problemas.

Los puntos señalados más arriba no se presentan como soluciones para los problemas actuales. Son mencionados como marcas que aparecen en el mapa de otro mar que, en su tiempo, fue tan tormentoso como el nuestro. Los historiadores ni hacen ni dirigen la historia. Su participación en ella es habitualmente tan pequeña que resulta casi insignificante. Pero si no aprenden algo de la historia, sus actividades se convierten entonces en una decoración cultural, o en un pasatiempo agradable, cosas ambas igualmente inútiles en estos tiempos atribulados.

Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, 2011, disponible en: traficantes.net

Discurso sobre el colonialismo (extractos)

Aimé Césaire

DISCURSO SOBRE EL COLONIALISMO

Aime Cesaire

Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que su funcionamiento suscita, es una civilización decadente.

Una civilización que decide cerrar los ojos a sus problemas cruciales, es una civilización enferma. Una civilización que escamotea sus principios, es una civilización moribunda.

El hecho es que la civilización llamada "europea", la civilización "occidental", tal como la configuran dos siglos de régimen burgués, resulta incapaz de resolver los dos mayores problemas a que su existencia misma ha dado origen: el problema del proletariado y el problema colonial; que, llamada a comparecer ante el tribunal de la "razón" o el de la "conciencia", esta Europa se revela impotente para justificarse, y que, a medida que pasa el tiempo, se refugia en una hipocresía tanto más odiosa cuanto menos posibilidades tiene de engañar a nadie.

Europa es indefendible.

Esta parece ser la conclusión que se confían al oído los estrategas norteamericanos.

Eso, en sí mismo, no es grave.

Grave resulta que Europa sea moral y espiritualmente indefendible.

Y hoy día ocurre que no son sólo las masas europeas las que la incriminan, sino que, en escala mundial, esta misma acusación es proferida por decenas y decenas de millones de hombres que desde lo más profundo de la esclavitud se erigen en jueces.

Pueden asesinar en Indochina, torturar en Madagascar, encarcelar en el África Negra y arrasar en las Antillas. En lo adelante, los colonizadores sabrán que tienen por sobre los colonialistas una ventaja. Saber que sus "amos" circunstanciales mienten.

De modo que son débiles sus amos.

Y ya que tengo que hablar de colonización y de civilización, vayamos directo a la mentira principal a partir de la cual proliferan todas las demás, ¿Colonización y civilización?

En este asunto, la más común de las desgracias es la de servir de hazmerreír de una hipocresía colectiva, hábil en eso de plantear mal los problemas para mejor legitimar las detestables soluciones que se les brindan.

Esto es tanto como decir que aquí lo esencial es ver claro, pensar claro (léase peligrosamente) y responder claro a la inocente pregunta inicial: ¿qué es en principio la colonización? Ponerse primero de acuerdo en lo que no es: ni evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, o de la tiranía, ni propagación de *Dios*, ni difusión del *Derecho*; admitir, de una vez y por todas, sin tratar de evadir las consecuencias, que aquí la última palabra la dicen el aventurero y el pirata, el gran almacenista y el armador, el buscador de oro y el comerciante, el apetito y la fuerza, seguidos de la sombra amenazadora y maléfica de una forma de civilización que en un momento de su historia se descubre íntimamente obligada a extender al plano mundial la competencia de sus economías antagónicas.

Siguiendo con mi análisis, yo creo que la hipocresía data de fecha reciente: que ni Cortés cuando descubre México desde lo alto del gran *teocalli*, ni Pizarro frente al Cuzco (mucho menos Marco Polo frente a Cambalúe), se quejan de ser los proveedores de un orden superior: que maten, que saqueen; que lleven cascos, lanzas y codiciosos propósitos; que los impostores vinieron después; que el máximo responsable de esto es el pedantismo cristiano, por haber planteado las deshonestas ecuaciones de *cristianismo-civilización*, *paganismo-salvajismo*, de las que no podían por menos que desprenderse abominables consecuencias colonialistas y racistas cuyas víctimas serían los indios, los amarillos y los negros.

Aclarado esto, admito entonces que poner en contacto las diferentes civilizaciones es bueno; que es excelente casar mundos distintos; que una civilización, cualquiera que sea su íntimo genio, al replegarse en sí misma, se marchita; que el intercambio sirve en este caso de oxígeno, y que la gran suerte de Europa está en haber servido de encrucijada, y que, por haber sido centro geométrico de todas las ideas, receptáculo de todas las filosofías, albergue de todos los sentimientos, se ha convertido en el mejor de los generadores de energía.

Ahora bien, yo hago la siguiente pregunta: ¿es que en realidad la colonización ha *puesto en contacto*? O, si se prefiere, de todas las formas de *establecer contacto*, ¿era ésta la mejor?

Yo digo que no.

Y digo que de la *colonización* a la *civilización* la distancia es infinita; que, de todas las expediciones coloniales acumuladas, de todos los estatutos coloniales elaborados, de todas las circulares ministeriales expedidas, no sale airoso ni un solo valor humano.

Había que estudiar primero cómo trabaja la colonización para *descivilizar* al colonizador, para embrutecerlo, en el sentido exacto de la palabra, para degradarlo, para despertarlo a sus escondidos instintos, a la codicia, a la violencia, al odio racial, al relativismo moral, y demostrar que, cada vez que en Vietnam cortan una cabeza o sacan un ojo y en Francia se acepta, violan a una muchacha y en Francia se acepta, sacrifican a un malgache y en Francia se acepta, un logro de la civilización pende con peso muerto, una regresión universal se opera, una gangrena se instala, un foco de infección se extiende, y al final de todos esos tratados violados, de todas esas mentiras propagadas, de todas esas expediciones punitivas toleradas, de todos esos prisioneros atados e "interrogados", de todos esos patriotas torturados, al final de ese orgullo racial enardecido, al final de esa jactancia desplegada, está el veneno inoculado en las venas de Europa, y el progreso lento, pero seguro, de la *salvajización* del continente.

Y entonces, un buen día, la burguesía se despierta de una sacudida formidable: gestapos muy atareadas, prisiones repletas, torturadores que inventan, refinan y discuten junto a sus torniquetes,

Uno se extraña, se indigna. Uno dice: "Qué raro! ¡Pero, bah! ¡Es el nazismo, ya pasará! Y uno aguarda, y uno espera; y uno se oculta a sí mismo la verdad: que se trata de una barbarie, pero de la barbarie suprema, la que corona, la que resume la cotidianeidad de las barbaries; que es el nazismo, sí, pero que antes de ser víctima se ha sido cómplice; que a ese nazismo se le ha soportado antes de sufrirlo, que se le ha absuelto, que se han cerrado los ojos frente a él, que se le ha justificado, porque, hasta ese momento, sólo había actuado contra pueblos no europeos; que ese nazismo ha sido cultivado, que uno es el responsable, y que, antes de engullirlo en sus rojizas aguas, se filtra, penetra, gotea, por las rendijas de la cristiana civilización occidental.

Sí, valdría la pena estudiar, clínicamente, en detalle, los pasos dados por Hitler y el hitlerismo, y enterar al muy distinguido burgués del siglo xx de que lleva dentro de sí a un Hitler ignorado, que Hitler lo *habita*, que Hitler *es su*

demonio, que si él, burgués, lo vitupera, no es más que por falta de lógica, y que, en el fondo, lo que no perdona a Hitler no es *el crimen en sí, el crimen contra el hombre*, no es *la humillación del hombre en sí*, sino el crimen contra el hombre blanco, la humillación del hombre blanco, y el haber aplicado a Europa procedimientos colonialistas contra los que se alzaban hasta ahora sólo los árabes de Argelia, los culfes de la India y los negros de África.

Y es ése el gran reproche que hago al seudohumanismo: el de haber aminarodo por demasiado tiempo los derechos del hombre, el haber tenido sobre ellos y mantener aún un criterio estrecho y parcelario, parcializado y parcial y, en fin de cuentas, sórdidamente racista.

He hablado mucho de Hitler. Es que él se lo merece: él permite ver claro y entender que la sociedad capitalista, en su estado actual, es tan incapaz de fundamentar uno solo de los derechos de la gente, como impotente se declara de fundamentar una moral individual. Quiérase o no, al final de ese callejón sin salida que es Europa —es decir, la Europa de Adenauer, de Schuman, Bidault y otros—, está Hitler. Al final del capitalismo, ansioso de sobrevivirse, está Hitler. Al final del humanismo formal y del renunciamiento filosófico, está Hitler.

Y es entonces cuando me viene a la mente una de sus frases: "Aspiramos, no a la igualdad, sino a la dominación. El país de raza extranjera deberá convertirse en país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales. No es cuestión de suprimir las desigualdades entre los hombres, sino de ampliarlas y hacerlas ley".

Esto suena terminante, altanero, brutal y nos sitúa en pleno y aullante salvajismo. Pero bajemos un escalón.

¿Quién habla? Vergüenza me da decirlo: es el *humanista* occidental, el filósofo "idealista". Que se llame Renan, es pura coincidencia. Que esto provenga de un libro titulado *La réforme intellectuelle et morale*, que haya sido escrito en Francia al día siguiente de terminada una guerra que, porque Francia lo quiso, fue del derecho contra la fuerza, es algo que dice mucho de las costumbres burguesas.

La regeneración de las razas inferiores o bastardas por las razas superiores, entra en el orden providencial de la humanidad. El hombre del pueblo es casi siempre, entre nosotros, un noble desclasado, su pesada mano está hecha más para el manejo de la espada que del instrumento servil. Prefiere el combate al trabajo, es decir, que regresa a su estado primero. *Regere imperio populos*, he ahí

nuestra vocación. Vuélquese esta devorante actividad sobre países que, como China, claman por la conquista extranjera. Con los aventureros que alteran la sociedad europea hágase un *ver sacrum*, un enjambre como el de los francos, los lombardos o los normandos, y estaremos dando a cada uno su papel. La naturaleza ha hecho una raza de obreros, la raza china, de maravillosa destreza manual y sin casi ningún sentido del honor; gobiérnesela con justicia extrayéndole, en aras de tal gobierno, un jugoso beneficio para la raza conquistadora, y se dará por satisfecha; raza de trabajadores de la tierra es el negro; séase bueno y humano con él y todo irá bien; raza de amos y de soldados es la raza europea. Redúzcase a esta noble raza a trabajar en la ergástula como negros o chinos, y se rebelará. Toda rebelión es más o menos, en nosotros, un soldado que no ha seguido su vocación, un ser hecho para la vida heroica, y que se está aplicando a *tareas contrarias a su raza*, mal obrero y demasiado buen soldado. Luego la vida que subleva a nuestros trabajadores haría feliz a un chino o a un fellah, seres que no son en modelo alguno militares. *Haga cada uno aquello para lo que ha sido hecho, y todo irá bien.*

¿Hitler? ¿Rosenberg? No, Renan.

Pero bajemos todavía otro escalón. Y es el político verboso. ¿Quién protesta? Nadie, que yo sepa, cuando Albert Sarraut, al sermonear a los alumnos de la escuela colonial, les enseña que sería pueril oponer a las empresas de colonización europeas "un pretendido derecho de ocupación y no sé qué otro derecho a un aislamiento hurraño que perennizaría en manos incapaces la vana posesión de riquezas ociosas".

¿Y quién se indigna al oír a un cierto R. P. Barde asegurar que los bienes de este mundo, "si permanecieran indefinidamente repartidos, como ocurriría caso de no haber colonización, no responderían ni a los designios de Dios, ni a las justas exigencias de la colectividad humana"? Sin olvidar, como afirma su colega en cristianismo, el R. P. Muller, "que la humanidad no debe ni puede tolerar que la incapacidad, la incuria y la pereza de los pueblos salvajes dejen indefinidamente ociosas las riquezas que Dios les ha confiado con la misión de ponerlas al servicio del bien común".

Nadie.

Esto es, ningún escritor patentado, ningún académico, ningún predicador, ningún político, ningún cruzado del de-

recho y de la religión, ningún "defensor de la persona humana".

Y sin embargo, por boca de los Sarraut y de los Barde, de los Muller y de los Renan, por boca de todos los que juzgaban y juzgan lícito aplicar a los pueblos extraeuropeos, y en beneficio de naciones más fuertes y mejo reequipadas, "una especie de expropiación por razones de utilidad pública". ¡Ya era Hitler quien hablaba!

¿A dónde quiere llegar? A lo siguiente: que nadie coloniza inocentemente, que nadie coloniza tampoco impunemente; que una nación que coloniza, que una nación que justifica la colonización —y por tanto la fuerza— es ya una civilización enferma, una civilización moralmente minada que, irremisiblemente, de consecuencia en consecuencia, de negación en negación, clama por su Hitler, o sea, por su condena.

Colonización: cabeza de playa en una civilización de la barbarie por donde, en cualquier momento, puede infiltrarse la negación simple y llana de la civilización.

He sacado de la historia de las expediciones coloniales algunos rasgos que en otra parte cito con toda minuciosidad.

Esto es algo que no ha tenido la dicha de complacer a todo el mundo. ¡Imagínense! Era como ponerse a sacar viejos esqueletos del armario.

¿Pero es que era inútil citar al coronel de Montagnac, uno de los conquistadores de Argelia?

"Para ahuyentar las ideas que a veces me asedian, hago cortar cabezas y no precisamente cabezas de alcachofas, sino de hombres".

¿Era acaso conveniente negar la palabra al conde de Herison?

"Es cierto que traemos un barril lleno de orejas recogidas de par en par entre los prisioneros, amigos o enemigos".

¿Habría que rehusar a Saint Arnau del derecho a hacer su bárbara profesión de fe?

"Arrasamos, incendiamos, saqueamos, destruimos las casas y los árboles".

¿Impedir al mariscal Bugeaud que sistematizara todo esto en una audaz teoría que reclamaba los grandes antepasados?

"Hace falta en África una gran invasión por el estilo de lo que hacían los francos y lo que hacían los godos".

¿Había, en fin, que dejar caer en el olvido la memorable acción de armas del comandante Gérard y no decir nada sobre la toma de Ambuke, una ciudad que, a decir

verdad, jamás había pensado en defenderse?

“Los tiradores sólo tenían orden de matar a los hombres, pero no se les pudo contener; embriagados por el olor de la sangre, no perdonaron a una sola mujer ni a un solo niño. A la caída de la tarde, por efecto del calor, se extendió una ligera niebla: era la sangre de las cinco mil víctimas, la sombra de la ciudad, que se evaporaba al sol poniente”.

¿Si no son ciertos estos hechos? ¿Y la sádica voluptuosidad, el goce indescriptible que nos le erizan el lomo a Loti cuando tiene en la punta de sus anteojos de oficial una buena masacre de anamitas? ¿Cierto o falso? Y siendo ciertos estos hechos, como nadie puede negar, ¿se dirá entonces, para minimizarlos, que esos cadáveres no prueban nada? Por mi parte, si he mencionado algunos detalles de esas pavorosas carnicerías, no lo he hecho buscando una morbosa delectación, sino porque pienso que de esas cabezas de hombres, de esas recogidas de orejas, de esas casas quemadas, de esas invasiones góticas, de esa sangre humeante, de esas ciudades que se evaporan al filo de la espada, no nos desharemos tan fácilmente. Todo esto prueba que al colonización, repito, deshumaniza aun al más civilizado de los hombres; que la acción colonial, la empresa colonial, la conquista colonial, basada en el desprecio al hombre indígena y justificada por ese desprecio, tiende inevitablemente a modificar al que la emprende; el colonizador que, para irse haciendo a la idea, se habitúa a ver en el otro a *la bestia* y a tratarlo como bestia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en *bestia*. Es este hecho, esta regresión de la colonización lo que yo quería señalar.

¿Parcialidad? No. Es que hubo un tiempo en que estos mismos hechos eran motivos de orgullo, un tiempo en el que no se tenía pelos en la lengua. Una última cita; la tomo de un tal Carl Siger, autor de un *Essai sur la colonisation*.²

¹ Se trata del relato de la toma de Thouan-An publicado en el *Figaro*, en septiembre de 1883, y citado en el libro de N. Serban, *Loti, sa vie, son oeuvre*.

Comenzaba la gran matanza. ¡Se había organizado un fuego simultáneo! Y daba gusto ver cómo aquellos racimos de balas, tan fácilmente dirigibles, se abatían sobre ellos dos veces por minuto, precedidos de la voz de mando metódica y segura... Se veía a algunos completamente enloquecidos, que se reincorporaban presos del vértigo de correr... Hacían zigzags a lo largo de aquella carrera de la muerte; era cómico cómo se les alzaba la ropa hasta las caderas... y después nos entreteníamos contando los muertos”, etcétera.

² Carl Siger, *Essai sur la colonisation*, París, 1907.

“Los países nuevos constituyen un vasto campo abierto a actividades individuales y violentas que, en las metrópolis, chocarían con ciertos prejuicios, con una concepción prudente y metódica de la vida, y que, en las colonias, pueden desarrollarse con mayor libertad, y afirmar mejor, en consecuencia, su valor. De este modo las colonias pueden, hasta cierto punto, servir de válvula de escape a la sociedad moderna. Si ésta fuera la única ventaja, ya sería inmensa”.

En realidad, hay faltas que no está en manos de nadie reparar y que no se han terminado nunca de expiar.

Pero hablemos de los colonizados.

Sé muy bien qué es lo que la colonización ha destruido: las admirables civilizaciones indias, y que ni Deterding, ni Royal Dutch, ni Standard Oil me consolarán por los aztecas ni por los incas.

Sé muy bien de aquellas —condenadas a muerte— en las que esa misma colonización ha introducido el principio de la ruina: Oceanía, Nigeria, Niasa. Sé menos de lo que ha aportado.

¿Seguridad? ¿Cultura? ¿Jurismo? Mientras tanto, observo y veo, dondequiera que se encuentran frente a frente colonizadores y colonizados, la fuerza, la brutalidad, la crueldad, el sadismo, el choque y, como parodia de formación cultural, la fabricación en serie de unos cuantos miles de funcionarios subalternos, sirvientes, artesanos, empleados de comercio e intérpretes, necesarios a la buena marcha de los negocios.

He hablado de contacto.

Entre colonizador y colonizado no hay lugar sino para la servidumbre, la intimidación, la presión, los policías, el impuesto, el robo, la violación, las culturas obligatorias, el menosprecio, la desconfianza, la altanería, la suficiencia, la grosería de élites descerebralizadas y masas envilecidas.

Ningún contacto humano, sino relaciones de dominación y de sumisión que transforman al hombre colonizador en vigilante, en sargento, en mayoral, en azote, y al hombre indígena en instrumento de producción.

Ahora me toca a mí plantear una ecuación: *colonización = cosificación*.

Oigo venir la tormenta. Me hablan de progreso, de “realizaciones”, de enfermedades curadas, de niveles de vida elevados por encima de sí mismos. Yo hablo de sociedades vaciadas de sí mismas, de culturas pisoteadas, de instituciones carcomidas, de tierras confiscadas, de religiones ultimadas, de magnificencias artísticas aniquiladas, de extra-

ordinarias *posibilidades* suprimidas.

Me bombardean con hechos, estadísticas, kilómetros de carreteras, de canales y de vías férreas.

Yo hablo de millares de hombres sacrificados en el Congo Océan. Hablo de los que, en el momento en que escribo, están cavando a mano el puerto de Abidjan. Hablo de los millares de hombres arrancados de sus dioses,, de sus tierras, de sus costumbres, de su vida, de la vida, del baile, de la sapiencia.

Hablo de millares de hombres en los que hábilmente se ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, el arrodillamiento, la desesperación, el lacayismo.

Me ofrecen el dato exacto de toneladas de algodón o de cacao exportadas, de hectáreas de olivos o de viñas plantadas.

Yo hablo de *economías* naturales, de *economías* armoniosas y viables, de *economías* a la medida del hombre indígena, desorganizadas, de necesarias siembras destruidas, de sub-alimentación instalada, de desarrollo agrícola únicamente orientado en beneficio de las metrópolis, de saqueo de productos, de saqueo de materias primas.

Yo hablo también de abusos, pero para decir que a los de antes —muy reales— se han superpuesto otros —muy detestables—. Me hablan de tiranos locales puestos a buen recaudo, pero yo verifico que ,en general, se las entienden muy bien con los nuevos y que, entre éstos, y los de antes y viceversa se establece en detrimento de los pueblos un circuito de buenos oficios y de complicidad. Me hablan de civilización, y yo habla de proletarización y de mistificación.

Yo, por mi parte, hago la apología sistemática de las civilizaciones paraeuropeas.

Cada día que pasa, cada juicio ignorado, cada paliza policiaca, cada reclamación obrera ahogada en sangre, cada escándalo sofocado, cada incursión punitiva, cada carro del C.R.P., cada policía y cada soldado nos hacen pagar el precio de nuestras viejas sociedades.

Eran sociedades no sólo antecapitalistas, como se ha dicho, sino también anticapitalistas,

Eran sociedades comunitarias, no de todos para unos cuantos.

Eran sociedades democráticas, también.

Eran sociedades cooperativas, sociedades fraternales.

Hago la apología sistemática de sociedades destruidas por el imperialismo.

Ellas, que eran el hecho, que no pretendían en lo abso-

luto ser la idea, que no eran, a pesar de sus defectos, ni odiosas ni condenables. Se conformaban con ser. Ante ellas no tenían sentido palabras como *fracaso* o *avatares*. Era que conservaban, intacta, la esperanza.

Mientras que eran éstas las únicas palabras aplicables, con toda honestidad, a las empresas europeas fuera de Europa. Mi único consuelo es que las colonizaciones pasan, que las naciones no permanecen mucho tiempo en el letargo, y que los pueblos quedan.

Dicho esto, parece como que en ciertos medios descubrieran en mí a un "enemigo de Europa" y profeta del retorno al pasado *anteuropeo*.

Por mi parte, yo busco inútilmente en qué momento pude pronunciar tales palabras; cuándo se me ha visto subestimar la importancia de Europa en la historia del pensamiento humano; cuándo se me ha oído predicar un *retorno*, cualquiera que éste sea; cuándo se me ha visto pretender que pudiera haber *retorno*.

La verdad es que dije algo muy distinto: a saber, que el gran drama histórico del África ha sido menos su contacto demasiado tardío con el resto del mundo que la manera en que se ha operado ese contacto; que es en el momento en que Europa cae en manos de los financieros y de los capitanes de la industria más carentes de escrúpulos que Europa se "propaga"; que nuestra desdicha ha querido que sea esa Europa la que nos hayamos tropezado en el camino y que sea Europa responsable ante la comunidad humana del mayor montón de cadáveres de la historia.

Por otro lado, juzgando la acción colonizadora, agrebué que Europa ha sabido sacar muy buen partido de todos los feudales nativos que aceptaban ponerse a su servicio; urdir con ellos una viciosa complicidad; hacer más efectivas y eficaces sus tiranías; y que su acción ha tendido ni más ni menos que a prolongar artificialmente la supervivencia de los pasados locales en lo que de más pernicioso éstos tenían.

—Dije —y es muy distinto— que la Europa colonizadora ha injertado abuso moderno en la antigua injusticia; odioso racismo en la vieja desigualdad. Que si de lo que se trata era de seguir contra mí un proceso de intención, yo mantengo que la Europa colonizadora es desleal cuando legitima *a posteriori* la acción colonizadora apoyándose en evidentes progresos materiales experimentados en ciertos terrenos bajo el régimen colonial, si se tiene en cuenta que la *mutación brusca* es siempre posible, en la historia como fuera de ella; que nadie sabe qué estado de desarrollo material hubieran

alcanzado esos mismos países sin la intervención europea; que el equipamiento técnico, la reorganización administrativa, la "europeización", en una palabra, de África o de Asia, no estaban —como lo muestra el ejemplo japonés— ligados en modo alguno a la *ocupación* europea; que la europeización de los continentes no europeos podía no haberse realizado bajo la bota de Europa; que ese movimiento de europeización *estaba siendo*; que ha resultado incluso retardado; que en todo caso ha sido falseado por la intromisión de Europa.

Prueba de esto es que, en la actualidad, son los nativos de África y Asia los que reclaman escuelas y que es la Europa colonizadora la que las niega; que es el hombre africano el que pide puertos y carreteras, que es Europa colonizadora la que, en este sentido, regatea; que es el colonizado el que quiere marchar hacia adelante, que es el colonizador quien le corta el paso.

Yendo aún más allá, no me oculto para decir que, en la actualidad, la barbarie de Europa occidental es increíblemente grande, sólo sobrepasada, y ampliamente, por otra: la *norteamericana*.

Y no hablo de Hitler, ni del mayoral, ni del aventurero, sino del "buena gente" de al lado; ni del S.S., ni del gangster, sino del cumplido burgués. El candor de Leon Bloy se indignaba antaño porque estafadores, perjuros, falsificadores, ladrones y proxenetas fueran los encargados de "llevar a las Indias el ejemplo de la virtud cristiana".

El progreso radica en que hoy es el poseedor de la "virtud cristiana" quien se agencia —y con mucha maña— el honor de administrar en ultramar según los procedimientos de esbirros falsificadores.

Señal de que la crueldad, la mentira, la corrupción y la bajeza han prendido maravillosamente en el alma de la burguesía europea.

Repito que no hablo de Hitler, ni de los S.S., ni del *progrom*, ni de la ejecución sumaria. Sino de aquella reacción sorprendida, de aquel reflejo admitido, de aquel cinismo tolerado. Y si hacen falta pruebas de aquella escena de histeria antropofágica que tuve oportunidad de presenciar en la Asamblea Nacional francesa.

Caramba, mis queridos colegas (como suele decirse), permítanme saludarlos (saludo de antropófagos, claro está).

¡Imagínense! ¡noventa mil muertos en Madagascar!, ¡Indochina pisoteada, triturada, asesinada, fuerza de torturas sacadas del fondo de la Edad Media! ¡Y qué espectáculo! Aquel escalofrío de goce que renovaba el grato sopor!

Piel negra, máscaras blancas (conclusión)

Frantz Fanon

A modo de conclusión

La revolución social no puede sacar su poesía del pasado, sino únicamente del futuro. No puede empezar consigo misma antes de despojarse de todas las supersticiones sobre el pasado. Las revoluciones precedentes apelaban a los recuerdos de la historia mundial con el fin de embriagarse de su propio contenido. Para alcanzar su propio contenido, las revoluciones del siglo XIX deben dejar a los muertos enterrar a los muertos. Allí, la expresión superaba al contenido. Aquí el contenido supera a la expresión.

Karl Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte.

Ya veo la cara de todos los que me piden que precise sobre tal o cual punto, o que condene esta u otra conducta.

Es evidente, no dejaré de repetirlo, que el esfuerzo de desalienación del médico de origen guadalupeño se deja comprender a partir de motivaciones esencialmente diferentes de las del *negro* que trabaja en la construcción del puerto de Abiyán. Para el primero, la alienación es de naturaleza casi intelectual. En tanto que concibe la cultura europea como medio de desprenderse de su raza, se coloca en la alienación. El segundo, en tanto que víctima de un régimen basado en la explotación de una determinada raza por otra, en el desprecio de una determinada humanidad por una forma de civilización considerada superior.

No llevemos la ingenuidad hasta el extremo de creer que los llamamientos a la razón o al respeto del hombre puedan cambiar la realidad. Para el *negro* que trabaja en las plantaciones de caña de Robert¹ no hay sino una solución: la lucha. Y emprenderá y continuará esta lucha, no tras un análisis marxista o idealista, sino porque, sencillamente, no podrá concebir su existencia si no es bajo la forma de un combate contra la explotación, la pobreza y el hambre.

¹ Distrito de Martinica.

No se nos ocurriría pedirles a esos *negros* que corrigieran la concepción que se forman de la historia. Además, estamos convencidos de que, sin saberlo, comulgan con nuestras opiniones, acostumbrados como están a hablar y pensar en términos de presente. Los pocos compañeros obreros que he tenido la oportunidad de conocer en París nunca se han planteado el problema del descubrimiento de un pasado *negro*. Sabían que eran negros, pero, me decían ellos, eso no cambia nada.

Y en eso tenían todita la razón.

A este respecto formulé una observación que he podido ver en muchos autores: la alienación intelectual es una creación de la sociedad burguesa. Y llamo sociedad burguesa a toda sociedad que se esclerotiza en formas determinadas, prohibiendo toda evolución, todo avance, todo progreso, todo descubrimiento. Llamo sociedad burguesa a una sociedad cerrada en la que no se vive bien, donde el aire está podrido, las ideas y la gentes putrefactas. Y creo que un hombre que toma partido contra esa muerte es, en un sentido, un revolucionario.

El descubrimiento de la existencia de una civilización *negra* en el siglo XV no me añade un ápice de humanidad. Se quiera o no, el pasado no puede de ninguna manera guiarme en la actualidad.

La situación que he estudiado, se habrán dado cuenta, no es clásica. La objetividad científica me estaba vedada, porque el alienado, el neurótico, era mi hermano, mi hermana, era mi padre. He intentado constantemente revelar al negro que en cierto modo se anormaliza; al blanco que es a la vez mistificador y mistificado.

El negro, en ciertos momentos, se halla encerrado en su cuerpo. Pero, «para un ser que ha adquirido la conciencia de sí y de su cuerpo, que ha llegado a la dialéctica del sujeto y el objeto, el cuerpo ya no es causa de la estructura de la conciencia, se ha convertido en objeto de conciencia»².

El negro, aunque sincero, es esclavo del pasado. Sin embargo, soy un hombre y, en ese sentido, la guerra del Peloponeso es tan mía como el descubrimiento de la brújula. Frente al blanco, el negro tiene un pasado que valorizar, una revancha que tomarse; frente al negro, el blanco contemporáneo siente la necesidad de recordar la época antropofágica. Hace algunos años, la Asociación Lionesa de Estudiantes Franceses de Ultramar me pidió que respondiera a un artículo que, literalmente, hacía de la música de *jazz* una irrupción del canibalismo en el mundo moderno. Sabiendo adónde quería llegar, negué las premisas del interlocutor y le pedí al defensor de la pureza europea que se deshiciera de un espasmo que no tenía nada de cultural. Algunos hombres quieren inflar el mundo con su ser. Un filósofo alemán había descrito ese proceso con el nombre de patología de la liber-

² Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, Éditions Gallimard, 1945, p. 277.

tad. En este caso, yo no tenía que tomar partido por la música negra contra la música blanca, sino ayudar a mi hermano para que abandonara una actitud que no le beneficiaba nada.

El problema aquí planteado se sitúa en la temporalidad. Estarán desalienados aquellos *negros* y blancos que hayan rechazado dejarse encerrar en la Torre sustancializada del Pasado. Para muchos otros *negros*, la desalienación nacerá, por otra parte, del rechazo a tomar la actualidad como definitiva.

Yo soy un hombre y puedo recuperar todo el pasado del mundo. No soy únicamente responsable de la revuelta de Santo Domingo.

Cada vez que un hombre ha conseguido que triunfe la dignidad del espíritu, cada vez que un hombre ha dicho no ante un intento de sometimiento de su semejante, me he sentido solidario de su acción.

De ninguna forma debo deducir del pasado de los pueblos de color mi vocación original.

De ninguna forma debo dedicarme a hacer revivir una civilización *negra* injustamente olvidada. No me hago el hombre de ningún pasado. No quiero cantar el pasado a expensas de mi presente y mi provenir.

El indochino no se ha rebelado porque haya descubierto una cultura propia. Es porque «simplemente» le era imposible, en más de una acepción, respirar.

Cuando recordamos los relatos de los sargentos de carrera que, en 1938, describían el país de las piastras y los *rickshaw*, los *boys* y las mujeres baratas, se comprende demasiado bien la rabia con la que combaten los hombres del Viet Minh.

Un compañero, con quien estuve durante la última guerra, ha vuelto de Indochina. Me ha puesto al corriente de muchas cosas. Por ejemplo, de la serenidad con la que jóvenes vietnamitas de dieciséis o diecisiete años caen ante el pelotón de ejecución. Una vez, me dijo, tuvimos que tirar arrodillados: los soldados temblaban antes estos jóvenes «fanáticos». En conclusión, añadía, «La guerra que hemos hecho juntos no era más que un juego a lado de lo que ocurre allí».

Vistas desde Europa estas cosas son incomprensibles. Algunos argumentan una supuesta actitud asiática ante la muerte. Pero estos filósofos de baratillo no convencen a nadie. Esa serenidad asiática, los «granujas» de Vercors y los «terroristas» de la Resistencia la han demostrado por su cuenta no hace mucho tiempo.

Los vietnamitas que mueren ante el pelotón de ejecución no esperan que su sacrificio permita la reaparición de un pasado. Aceptan morir en nombre del presente y del futuro.

Si en un momento dado se me planteó la cuestión de ser efectivamente solidario con un pasado determinado, fue en la medida en la que me comprometí, frente a mí mismo y ante mi prójimo, a combatir con toda mi existencia y toda mi fuerza para que nunca hubiera, sobre la tierra, pueblos sometidos.

No es el mundo negro el que me dicta la conducta. Mi piel negra no es depositaria de valores específicos. Desde hace tiempo el cielo estrellado que dejaba palpitante a Kant nos ha revelado sus secretos. Y la misma ley moral duda.

En tanto hombre, me comprometo a afrontar el riesgo de la aniquilación para que dos o tres verdades lancen sobre el mundo su claridad esencial.

Sartre ha mostrado que el pasado, en la línea de una actitud inauténtica «atrapa» en masa y, sólidamente andamiado, *informa* entonces al individuo. El pasado se transmuta en valor. Pero yo puedo también retomar mi pasado, valorizarlo o condenarlo por mis elecciones sucesivas.

El negro quiere ser como el blanco. Para el negro no hay sino un destino. Y es blanco. Ya hace mucho tiempo que el negro ha admitido la superioridad indiscutible del blanco, y todos sus esfuerzos se dirigen a realizar una existencia blanca.

¿No tengo otra cosa que hacer sobre esta tierra que vengar a los negros del siglo XVII?

¿Debo, sobre esta tierra, que ya trata de ocultarse, plantearme el problema de la verdad negra?

¿Debo confinarme en la justificación de un ángulo facial?

No tengo derecho, yo, hombre de color, a investigar qué hace superior o inferior a mi raza frente a otra.

No tengo derecho, yo, hombre de color, a anhelar la cristalización en el blanco de una culpabilización ante el pasado de mi raza.

No tengo derecho, yo, hombre de color, a preocuparme de los medios que me permitirían pisotear el orgullo del antiguo amo.

No tengo ni el derecho ni el deber de exigir reparación por mis ancestros domesticados.

No hay misión *negra*; no hay carga blanca.

Me descubro un día en un mundo en el que las cosas van mal; un mundo en el que me reclaman que pelee; un mundo en el que es siempre cuestión de aniquilamiento o victoria.

Me descubro yo, hombre, en un mundo en el que las palabras se orlan de silencio, en un mundo donde el otro, interminablemente, se endurece.

No, yo no tengo derecho a venir y gritar mi odio al blanco. No tengo el deber de murmurar mi reconocimiento al blanco.

He aquí mi vida atrapada en el lazo de la existencia. He aquí mi libertad que me remite a mí mismo. No, no tengo derecho a ser un negro.

No tengo el deber de ser esto o aquello...

Si el blanco discute mi humanidad, le mostraré, haciendo pesar sobre su vida todo mi peso de hombre, que yo no soy «aquel negrito» que se empeña en imaginar.

Me descubro un día en el mundo y me reconozco un único derecho: el de exigir al otro un comportamiento humano.

Un solo deber. El de no renegar de mi libertad a través de mis elecciones.

No quiero ser la víctima de la *astucia* de un mundo negro.

Mi vida no debe consagrarse a hacer el balance de los valores *negros*.

No hay mundo blanco, no hay ética blanca, ni tampoco inteligencia blanca.

Hay en una y otra parte del mundo hombres que buscan.

No soy prisionero de la Historia. No debo buscar allí el sentido de mi destino.

Debo recordar en todo momento que el verdadero *salto* consiste en introducir la invención en la existencia.

En el mundo al que me encamino, me creo interminablemente.

Soy solidario del Ser en la medida en que lo supero.

Y vemos, a través de un problema particular, perfilarse el de la Acción. Colocado en este mundo, en situación, «embarcado» como lo quería Pascal, ¿voy a acumular armas?

¿Voy a pedirle al hombre blanco de hoy la responsabilidad de los negreros del siglo XVII?

¿Voy a intentar por todos los medios que nazca la culpabilidad en las almas?

¿El dolor moral ante la densidad del Pasado? Yo soy *negro* y toneladas de cadenas, tormentas de golpes, ríos de escupitajos fluyen sobre mis hombros.

Pero no tengo derecho a dejarme anclar. No tengo derecho a admitir la menor parcela de ser en mi existencia. No tengo derecho a dejarme enviscar por las determinaciones del pasado.

No soy esclavo de la Esclavitud que deshumanizó a mis padres.

Para muchos intelectuales de color, la cultura europea presenta un carácter de exterioridad. Más aún, en las relaciones humanas, el negro puede sentirse ajeno al mundo occidental. Si no quiere parecer el pariente pobre, el hijo adoptivo, el chico bastardo, ¿va a intentar febrilmente descubrir una civilización *negra*?

Que ante todo se nos comprenda. Estamos convencidos de que sería de gran interés entrar en contacto con una literatura o una arquitectura *negras* del siglo III antes de Jesucristo. Estaríamos muy contentos de saber que existe una correspondencia entre tal filósofo *negro* y Platón. Pero no vemos en absoluto en qué podría cambiar ese hecho la situación de los niños de ocho años que trabajan en las plantaciones de caña de Martinica o Guadalupe.

No hay que intentar fijar al hombre, pues su destino es estar suelto.

La densidad de la Historia no determina ninguno de mis actos.

Soy mi propio fundamento.

Al superar los datos históricos, instrumentales, introduzco el ciclo de mi libertad.

La desgracia del hombre de color es el haber sido esclavizado.

La desgracia y la inhumanidad del blanco son el haber matado al hombre en algún lugar.

Es, todavía hoy, organizar racionalmente esta deshumanización. Pero yo, hombre de color, en la medida en la que me es posible existir absolutamente, no tengo derecho a refugiarme en un mundo de reparaciones retroactivas.

Yo, hombre de color, sólo quiero una cosa:

Que nunca el instrumento domine al hombre. Que cese para siempre el sometimiento del hombre por el hombre. Es decir, de mí por otro. Que se me permita descubrir y querer al hombre, allí donde se encuentre.

El *negro* no es. No más que el blanco.

Los dos tienen que apartar las voces inhumanas, que fueron las de sus respectivos ancestros, a fin de que nazca una auténtica comunicación. Antes de comprometerse en la voz positiva, hay un esfuerzo de desalienación para la libertad. Un hombre, al principio de su existencia, está siempre congestionado, ahogado en la contingencia. La desgracia del hombre es haber sido niño.

Mediante un esfuerzo de reconquista de sí y de despojamiento, por una tensión permanente de su libertad, los hombres pueden crear las condiciones de existencia ideales de un mundo humano.

¿Superioridad? ¿Inferioridad?

¿Por qué no simplemente intentar tocar al otro, sentir al otro, revelarme al otro?

Mi libertad, ¿no se me ha dado para edificar el mundo del *Tú*?

Al final de esta obra, me gustaría que sintieran, como nosotros, la dimensión abierta de toda conciencia.

Mi último ruego:

¡Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí un hombre que interroga!

Los condenados de la tierra

(Extractos del capítulo 1; conclusión)

Frantz Fanon

I. LA VIOLENCIA

Liberación nacional, renacimiento nacional, restitución de la nación al pueblo, Commonwealth, cualesquiera que sean las rúbricas utilizadas o las nuevas fórmulas introducidas, la descolonización es siempre un fenómeno violento. En cualquier nivel que se la estudie: encuentros entre individuos, nuevos nombres de los clubes deportivos, composición humana de los cocktail-parties, de la policía, de los consejos de administración, de los bancos nacionales o privados, la descolonización es simplemente la sustitución de una "especie" de hombres por otra "especie" de hombres. Sin transición, hay una sustitución total, completa, absoluta. Por supuesto, podría mostrarse igualmente el surgimiento de una nueva nación, la instauración de un Estado nuevo, sus relaciones diplomáticas, su orientación política, económica. Pero hemos querido hablar precisamente de esa tabla rasa que define toda descolonización en el punto de partida. Su importancia inusitada es que constituye, desde el primer momento, la reivindicación mínima del colonizado. A decir verdad, la prueba del éxito reside en un panorama social modificado en su totalidad. La importancia extraordinaria de ese cambio es que es deseado, reclamado, exigido. La necesidad de ese cambio existe en estado bruto, impetuoso y apremiante, en la conciencia y en la vida de los hombres y mujeres colonizados. Pero la eventualidad de ese cambio es igualmente vivida en la forma de un futuro aterrador en la conciencia de otra "especie" de hombres y mujeres: los colonos.

La descolonización, que se propone cambiar el orden del mundo es, como se ve, un programa de desorden absoluto. Pero no puede ser el resultado de una operación mágica, de un sacudimiento natural o de un entendimiento amigable. La descolonización, como se sabe, es un proceso histórico: es decir, que no puede ser comprendida, que no resulta inteligible, traslúcida a sí misma, sino en la medida exacta en que se discierne el movimiento historizante que le da forma y contenido. La descolonización es el encuentro de dos fuerzas congénitamente antagónicas que extraen precisamente su originalidad de esa especie de sustanciación que segrega y alimenta la situación colonial. Su primera confrontación se ha desarrollado bajo el signo de la violencia y su cohabitación —más precisamente la explotación del colonizado por el colono— se ha realizado con gran despliegue de bayonetas y de cañones. El colono y el colonizado se conocen desde hace tiempo. Y, en realidad, tiene razón el colono cuando dice conocerlos. Es el colono el que ha hecho y sigue haciendo al colonizado. El colono saca su verdad, es decir, sus bienes, del sistema colonial.

La descolonización no pasa jamás inadvertida puesto que afecta al ser, modifica fundamentalmente al ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres nuevos. Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna potencia sobrenatural: la "cosa" colonizada se convierte en hombre en el proceso mismo por el cual se libera.

En la descolonización hay, pues, exigencia de un replanteamiento integral de la situación colonial. Su definición puede encontrarse, si se quiere describirla con precisión, en la frase

bien conocida: "los últimos serán los primeros". La descolonización es la comprobación de esa frase. Por eso, en el plano de la rescrición, toda descolonización es un logro.

Expuesta en su desnudez, la descolonización permite adivinar a través de todos sus poros, balas sangrientas, cuchillos sangrientos. Porque si los últimos deben ser los primeros, no puede ser sino tras un afrontamiento decisivo y a muerte de los dos protagonistas. Esa voluntad afirmada de hacer pasar a los últimos a la cabeza de la fila, de hacerlos subir a un ritmo (demasiado rápido, dicen algunos) los famosos escalones que definen a una sociedad organizada, no puede triunfar sino cuando se colocan en la balanza todos los medios incluida, por supuesto, la violencia.

Las relaciones entre colono y colonizado son relaciones de masa. Al número, el colono opone su fuerza. El colono es un exhibicionista. Su deseo de seguridad lo lleva a recordar en alta voz al colonizado que: "Aquí el amo soy yo." El colono alimenta en el colonizado una cólera que detiene al manifestarse. El colonizado se ve apesado entre las mallas cerradas del colonialismo. Pero ya hemos visto cómo, en su interior, el colono sólo obtiene una seudopetrificación. La tensión muscular del colonizado se libera periódicamente en explosiones sanguinarias: luchas tribales, luchas de *çofs*, luchas entre individuos.

Al nivel de los individuos, asistimos a una verdadera negación del buen sentido. Mientras que el colono o el policía pueden, diariamente, golpear al colonizado, insultarlo, ponerlo de rodillas, se verá al colonizado sacar su cuchillo a la menor mirada hostil o agresiva de otro colonizado. Porque el último recurso del colonizado es defender su personalidad frente a su igual. Las luchas tribales no hacen sino perpetuar los viejos rencores arraigados en la memoria. Al lanzarse con todas sus fuerzas a su venganza, el colonizado trata de convencerse de que el colonialismo no existe, que todo sigue como antes, que la historia continúa. Observamos con plena claridad, en el nivel de las colectividades, esas famosas formas de conducta de prevención, como si anegarse en la sangre fraterna permitiera no ver el obstáculo, diferir hasta más tarde la opción, sin embargo, inevitable, la que desemboca en la lucha armada contra el colonialismo. Autodestrucción colectiva muy concreta en las luchas tribales, tal es, pues, uno de los caminos por donde se libera la tensión muscular del colonizado. Todos esos comportamientos son reflejos de muerte frente al peligro, conductas suicidas que permiten al colono, cuya vida y dominio resultan tanto más consolidados, comprobar que esos hombres no son racionales. El colonizado logra igualmente, mediante la religión, no tomar en cuenta al colono. Por el fatalismo, se retira al opresor toda iniciativa, la causa de los males, de la miseria, del destino está en Dios. El individuo acepta así la disolución decidida por Dios, se aplasta frente al colono y frente a la suerte y, por una especie de reequilibrio interior, logra una serenidad de piedra.

Mientras tanto, la vida continúa y es de los mitos terroríficos, tan prolíficos en las

sociedades subdesarrolladas, de donde el colonizado va a extraer las inhibiciones de su agresividad: genios maléficos que intervienen cada vez que alguien se mueve de lado, hombres leopardos, hombres serpientes, canes con seis patas, zombis, toda una gama inagotable de formas animales o de gigantes crea en torno del colonizado un mundo de prohibiciones, de barreras, de inhibiciones, mucho más terrible que el mundo colonialista. Esta superestructura mágica que impregna a la sociedad autóctona cumple, dentro del dinamismo de la economía de la libido, funciones precisas. Una de las características, en efecto, de las sociedades subdesarrolladas es que la libido es principalmente cuestión de grupo, de familia. Conocemos ese rasgo, bien descrito por los etnólogos, de sociedades donde el hombre que sueña que tiene relaciones sexuales con una mujer que no es la suya debe confesar públicamente ese sueño y pagar el impuesto en especie o en jornadas de trabajo al marido o a la familia afectada. Lo que prueba de paso, que las sociedades llamadas prehistóricas dan una gran importancia la inconsciente

La atmósfera de mito y de magia, al provocar miedo, actúa como una realidad indudable. Al aterrorizarme, me integra en las tradiciones, en la historia de mi comarca o de mi tribu, pero al mismo tiempo me asegura, me señala un *status*, un acta de registro civil. El plano del secreto, en los países subdesarrollados, es un plano colectivo que depende exclusivamente de la magia. Al circunscribirme dentro de esa red inextricable donde los actos se repiten con una permanencia cristalina, lo que se afirma es la perennidad de un mundo mío, de un mundo nuestro. Los zombis son más aterrorizantes, créamelo, que los colonos. Y el problema no está ya entonces, en ponerse en regla con el mundo bardado de hierro del colonialismo, sino en pensarlo tres veces antes de orinar, escupir o salir de noche.

Las fuerzas sobrenaturales, mágicas, son fuerzas sorprendentemente yoicas. Las fuerzas del colono quedan infinitamente empequeñecidas, resultan ajenas. Ya no hay que luchar realmente contra ellas puesto que lo que cuenta es la temible adversidad de las estructuras míticas. Todo se resuelve como se ve, en un permanente enfrentamiento en el plano fantasmagórico.

CONCLUSIÓN

Compañeros: hay que decidir desde ahora un cambio de ruta. La gran noche en la que estuvimos sumergidos, hay que sacudirla y salir de ella. El nuevo día que ya se apunta debe encontrarnos firmes, alertas y resueltos.

Debemos olvidar los sueños, abandonar nuestras viejas creencias y nuestras amistades de antes. No perdamos el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Dejemos a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina dondequiera que

158

lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo.

Hace siglos que Europa ha detenido el progreso de los demás hombres y los ha sometido a sus designios y a su gloria; hace siglos que, en nombre de una pretendida "aventura espiritual" ahoga a casi toda la humanidad. Véanla ahora oscilar entre la desintegración atómica y la desintegración espiritual.

Y sin embargo, en su interior, en el plano de las realizaciones puede decirse que ha triunfado en todo.

Europa ha asumido la dirección del mundo con ardor, con cinismo y con violencia. Y vean cómo se extiende y se multiplica la sombra de sus monumentos. Cada movimiento de Europa ha hecho estallar los límites del espacio y los del pensamiento. Europa ha rechazado toda humildad, toda modestia, pero también toda solicitud, toda ternura.

No se ha mostrado parsimoniosa sino con el hombre, mezquina, carnicera, homicida sino con el hombre.

Entonces, hermanos ¿cómo no comprender que tenemos algo .mejor que hacer que seguir a esa Europa?

Esa Europa que nunca ha dejado de hablar del hombre, que nunca ha dejado de proclamar que sólo le preocupaba el hombre, ahora sabemos con qué sufrimientos ha pagado la humanidad cada una de las victorias de su espíritu.

Compañeros, el juego europeo ha terminado definitivamente, hay que encontrar otra cosa. Podemos hacer cualquier cosa ahora a condición de no imitar a Europa, a condición de no dejarnos obsesionar por el deseo de alcanzar a Europa.

Europa ha adquirido tal velocidad, loca y desordenada, que escapa ahora a todo conductor, a toda razón y va con un vértigo terrible hacia un abismo del que vale más alejarse lo más pronto posible.

Es verdad, sin embargo, que necesitamos un modelo, esquemas, ejemplos. Para muchos de nosotros, el modelo europeo es el más exaltante. Pero en las páginas anteriores hemos visto los chascos a que nos conducía esta imitación. Las realizaciones europeas, la técnica europea, el estilo europeo, deben dejar de tentarnos y de desequilibrarnos.

Cuando busco al hombre en la técnica y el estilo europeos, veo una sucesión de negaciones del hombre, una avalancha de asesinatos.

La condición humana, los proyectos del hombre, la colaboración entre los hombres en tareas que acrecienten la totalidad del hombre son problemas nuevos que exigen verdaderos inventos.

Decidamos no imitar a Europa y orientemos nuestros músculos y nuestros cerebros en una dirección nueva. Tratemos de inventar al hombre total que Europa ha sido incapaz de hacer triunfar.

Hace dos siglos, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta tal punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las taras, las enfermedades y la inhumanidad de Europa han alcanzado terribles dimensiones.

Compañeros: ¿No tenemos otra cosa que hacer sino crear una tercera Europa? Occidente ha querido ser una aventura del Espíritu. Y en nombre del Espíritu, del espíritu europeo por supuesto, Europa ha justificado sus crímenes y ha legitimado la esclavitud en la que mantiene a

las cuatro quintas partes de la humanidad.

Sí, el espíritu europeo ha tenido singulares fundamentos. Toda la reflexión europea se ha desarrollado en sitios cada vez más desérticos, cada vez más escarpados. Así se adquirió la costumbre de encontrar allí cada vez menos al hombre.

Un diálogo permanente consigo mismo, un narcisismo cada vez más obscuro, no han dejado de preparar el terreno a un cuasidelirio, donde el trabajo cerebral se convierte en un sufrimiento, donde las realidades no son ya las del hombre vivo, que trabaja y se fabrica a sí mismo, sino palabras, diversos conjuntos de palabras, las tensiones surgidas de los significados contenidos en las palabras. Ha habido europeos, sin embargo, que han invitado a los trabajadores europeos a romper ese narcisismo y a romper con ese irrealismo.

En general, los trabajadores europeos no han respondido a esas llamadas. Porque los trabajadores también se han creído partícipes en la aventura prodigiosa del Espíritu europeo.

Todos los elementos de una solución de los grandes problemas de la humanidad han existido, en distintos momentos, en el pensamiento de Europa. Pero los actos de los hombres europeos no han respondido a la misión que les correspondía y que consistía en pesar violentamente sobre esos elementos, en modificar su aspecto, su ser, en cambiarlos, en llevar, finalmente, el problema del hombre a un nivel incomparablemente superior.

Ahora asistimos a un estancamiento de Europa. Huyamos, compañeros, de ese movimiento inmóvil en que la dialéctica se ha transformado poco a poco en lógica del equilibrio. Hay que reformular el problema del hombre. Hay que reformular el problema de la realidad cerebral, de la masa cerebral de toda la humanidad cuyas conexiones hay que multiplicar, cuyas redes hay que diversificar y cuyos mensajes hay que rehumanizar.

Hermanos, tenemos demasiado trabajo para divertirnos con los juegos de retaguardia. Europa ha hecho lo que tenía que hacer y, en suma, lo ha hecho bien; dejemos de acusarla, pero digámosle firmemente que no debe seguir haciendo tanto ruido. Ya no tenemos que temerla, dejemos, pues, de envidiarla.

El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal cuyo proyecto debe ser tratar de resolver los problemas a los cuales esa Europa no ha sabido aportar soluciones.

Pero entonces no hay que hablar de rendimientos, de intensificación, de ritmo. No, no se trata de volver a la Naturaleza. Se trata concretamente de no llevar a los hombres por direcciones que los mutilen, de no imponer al cerebro ritmos que rápidamente lo menoscaban y lo perturban. Con el pretexto de alcanzar a Europa no hay que forzar al hombre, que arrancarlo de sí mismo, de su intimidad, no hay que quebrarlo, no hay que matarlo.

No, no queremos alcanzar a nadie. Pero queremos marchar constantemente, de noche y de día, en compañía del hombre, de todos los hombres. Se trata de no alargar la caravana porque entonces cada fila apenas percibe a la que la precede y los hombres que no se reconocen ya, se encuentran cada vez menos, se hablan cada vez menos.

Se trata, para el Tercer Mundo, de reiniciar una historia del hombre que tome en cuenta al mismo tiempo las tesis, algunas veces prodigiosas, sostenidas por Europa, pero también los crímenes de Europa, el más odioso de los cuales habrá sido, en el seno del hombre, el descuartizamiento patológico de sus funciones y la desintegración de su unidad; dentro del marco de una colectividad la ruptura, la estratificación, las tensiones sangrientas alimentadas por las

clases; en la inmensa escala de la humanidad, por último, los odios raciales, la esclavitud, la explotación y, sobre todo, el genocidio no sangriento que representa la exclusión de mil quinientos millones de hombres.

No rindamos, pues, compañeros, un tributo a Europa creando estados, instituciones y sociedades inspirados en ella.

La humanidad espera algo más de nosotros que esa imitación caricaturesca y en general obscena.

Si queremos transformar a África en una nueva Europa, a América en una nueva Europa, confiemos entonces a los europeos los destinos de nuestros países. Sabrán hacerlo mejor que los mejor dotados de nosotros.

Pero si queremos que la humanidad avance con audacia, si queremos elevarla a un nivel distinto del que le ha impuesto Europa, entonces hay que inventar, hay que descubrir.

Si queremos responder a la esperanza de nuestros pueblos, no hay que fijarse sólo en Europa.

Además, si queremos responder a la esperanza en los europeos, no hay que reflejar una imagen, aun ideal, de su sociedad y de su pensamiento, por los que sienten de cuando en cuando una inmensa náusea.

Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo.

Éloge de la pauvreté (extracto)

George Anglade

Empiezo afirmando que, no sé exactamente por qué, el género del elogio está a mi manera de ver vinculado a la oración fúnebre: Y no pienso enterrar nada ni nadie esta tarde, y menos a mi mismo. No he hallado dignos de elogio ni las naciones saturadas de ingresos, ni el poderío de las armas, y tampoco ese oropel de honores que es el éxito al servicio de los poderosos. Llevando mi encuesta hasta el fondo, y encontrándome a la mitad de mi camino profesional, no hallé digno de elogio que la pobreza; no la miseria repulsiva y abyecta, inacetable en su negación de la dignidad humana, pero la pobreza, aquella misma cuya omnipresencia parece ser la manera más segura de esconderse.

Con ahinco se ha querido transformarla sin nunca preguntarse por lo que podía ocultar de saber hacer en la sobrevivencia, lo que podía haber acumulado de prácticas dignas de constituirse en el punto de partida de nuevas hazañas. Hemos sabido describirla sin comprenderla, compadecerla sin respetarla, y sobre todo amalgamarla con la miseria para mejor desarmar la alternativa de que rebosa: cuando teníamos simplemente encuestarla sobre las vías y los medios de desarrollo de los oprimidos hacia una democratización que no tardaría demasiado.

Es esta última la posición que tomamos nosotros, la ruptura para con el miserabilismo y la folclorización de los enfoques de la pobreza para suscribir con firmeza al esfuerzo dotar este objeto de estudio de la dignidad epistemológica todavía reservada a los grandes de esta tierra. Si la miseria persiste y se nos pega siempre a nosotros, es porque no optamos partir de la pobreza, pero de los métodos de trabajo y de los modos de pensar de la riqueza; es el reverso obligado de ese mito fundador de la modernidad de que la riqueza es posible para todos y cada uno cuando esta ilusión choca en todas partes con la realidad.

Lo que busco es la demostración concreta del potencial de la pobreza, las indicaciones concretas del paso de salida de la ultramisericia hacia el nivel de las exigencias de una vida en la que a nadie no le falta lo necesario; y esta ambición no es, desgraciadamente, otra que la definición de la pobreza. Lo que busco más allá de las prácticas gimientes de las clausulas de estilo y de las peticiones de principio, de los llamados periódicos a la solidaridad y a la generosidad de los pudientes, todas esas incantaciones para que, como diría un amigo historiador, 'el tigre se haga vegetariano', lo que busco más allá de todo eso, son las vías concretas y los medios concretos de que está preñada una situación concreta. Lo que busco, más allá del compromiso misionero y de la amelioración puntual de lo inconcebible para que 'la miseria sea menos penosa bajo el sol', son los elementos de un proyecto de sociedad que se atreva a pedirle a la pobreza de ser su punto de apoyo para elevar el país.

Paradoja de un tiempo de la desesperación, me dirán; pero la riqueza, ¿no es el privilegio de una pequeña minoría al precio de la miseria de una amplia mayoría? ¿Por qué entonces obstinarse en la riqueza, sus técnicas, sus métodos y sus modos, para erradicar su corolario que es la miseria, cuando está a nuestro alcance una pobreza fecunda en técnicas a mejorar, en métodos de aclimatación y de organización de técnicas, y en sus modos de enfocar los problemas? ¿Por qué prohibirse ese 'recurso a las fuentes'? Sea, me concederán, ¿pero como hacer entonces para que no sea un nuevo vestuario peligroso que disfrazaría la miseria en un traje de Arlequín de pedazos disparates y sin cohesión: en fin, una monstruosidad más?

Sospecharán con razón que no tengo en mano ese proyecto de sociedad todo hecho, pero la pobreza es una problemática que atraviesa cada vez más mis trabajos guiados por la inquietud de rechazar el crecimiento del superfluo y de desarrollar lo necesario. También les facilitaré esta noche elementos útiles para su escenificación y para una lectura con esta perspectiva, por que es este proceder el que me vale de estar aquí, con Ustedes.

Tengo, pues, que entregar la mercancía, como se dice en Québec; pero ¿dónde?, y ¿a quién?. Respecto al 'dónde' seré fiel a mi mismo: entrego primero en el sitio donde hablo. Que se me entienda, que no se trata de ninguna estrechez de miras que me cortaría de realidades diferentes. Bien al contrario, es la compenetración con los sitios de vida y de experiencia de geógrafo de la UQAM que me ha llevado a la profundización del estudio de un caso como contribución al universal. Además, si es cierto que tengo en

gran estima los esfuerzos de solidaridad internacional indispensable, creo no obstante profundamente que es a nivel del caso que viviremos las rupturas, y que cada sociedad debe primero preocuparse, ella misma, por sus propios cambios. 'Ha llegado la hora de nosotros mismos', decía un antillano; y para mi eso significa querer participar en la transformación de una situación concreta, localizada, que, por ser en este momento la más denunciada depresión de nuestras Américas, será tanto más ejemplar en su diferencia si, un día, una alternativa se impusiese. Es entonces a cada uno de Ustedes que interpelo cuando hablo de Haití; no busco en esta sala testigos, sino gente con quien compartir.

La mercancía será entonces entregada, pero ¿a quién? He dado desde siempre una extrema importancia a esta cuestión, pues al querer dirigirse a todo el mundo no alcanzamos a nadie. Sabemos todos reconocer la errancia de esos mensajes honrados que no tienen destinatario. Retengo de mi práctica de enseñante esa preocupación por los destinatarios. Me dirigo a, y por consiguiente adapto mi discurso, al relevo. Profesor soy y profesor moriré en mi idea que el período que va de las clases terminales de primaria y de filosofía (el nivel de colegio) hasta el final de los estudios de primer ciclo constituye un bloque de cinco años de formación de un relevo que vale la pena de interpelar. Serán unos 15'000 en las próximas pruebas de bachillerato en Haití, y no se ha denominado los varios miles de estudiantes de toda edad que estudian en el país o en la diáspora. He decidido presentarles, a los que están en la principal encrucijada del problema haitiano, los elementos de un debate que reproducirán hacia arriba y hacia abajo. Esta práctica de la difusión de las ideas, hasta su apropiación y su transformación en fuerza de cambio, es la única excusa que puedo ofrecerles, esta noche, por pasar demasiado tiempo jugando el abanico didáctico que va de la exposición al seminario de investigación. Aquí también, no quisiera que se imaginen que les tomo como testigos de palabras que les son extrañas: les invito más bien, en la lógica de la pobreza, a no sentirse por encima de ningún hombre y ninguna mujer, pero simplemente con ellos y con ellas y con todos los relevos de nuestras sociedades.

Les dejo también entrever cual será mi conclusión: el optimismo de la voluntad de construir un desarrollo que deberá en un primer momento las muletas de su marcha y el sentido de su ruta a la pobreza, hasta el rebasamiento de la pobreza en el largo plazo; y el pesimismo de la inteligencia que refleja el esplendor agotador de ese combate que hay que recomenzar una y otra vez. Es que quizás he aprendido una sola cosa de esta familiarización con los handicaps, eso es que basta con hallarse en situación de pobre para no privarse de hacer de la pobreza su fuerza. Esta perspectiva no es nueva. En una relectura de la Historia de mi país, desde doscientos años se elimina en los momentos de crisis primero y sobre todo esa eventualidad.

Los cimarrones que triunfan se ensañan con el cimarronaje, y los conucos de subsistencias serán combatidos en el nombre de las plantaciones recientemente acaparados. Moïse, el más popular de los generales de la revolución, fue eliminado, a los 29 años. en octubre de 1801, poco antes de la independencia, por haberse mostrado sensible a la valorización de la experiencia de las masas en la agricultura. Y el emperador Dessalines, el que nos hizo triunfar, tuvo la misma suerte en octubre 1806, poco después de la independencia, por haber evocado las primeras disposiciones a tomar con el objetivo de impedir la estrangulación de esas mismas expectativas de las masas. Pero ¿qué se nos propone desde dos siglos si no de revisar periódicamente el modo de redistribuir la riqueza nacional, con los avatares que sabemos, o, en el mejor de los casos, cambiar los amos de una riqueza nacional igualmente producida para una mejor redistribución, con los avatares que sabemos? Y si fuera por fin posible (dándoles a los mismos a los que se quiere 'redistribuir' aquello que producen, por cierto, ellos mismos, los medios de retener directamente su parte) de proceder de otra manera en un síntesis que trocaría el hacer riquezas del desarrollo imposible por el hacer la pobreza del posible desarrollo, poniendo fin de esta manera a su miseria miserable (sic)? De recursos, tenemos más que un pueblo con una memoria de tres siglos de fecundar los surcos con su sudor, más que seis millones de hombres, de mujeres y de niños con los archivos de tres siglos de gestión de la sobrevivencia. Es inútil soñarnos otro, eso es nuestro destino; también hay que reclamar bien alto nuestro derecho a la pobreza y un fin a esta mendicidad y esta indignidad.

Georges Anglade, *Éloge de la pauvreté*, 2013 (consulta 25 marzo 2016), disponible en: classiques.uqac.ca (Traducción Rudolf Widmer)